

Literatura y revolución



Victor Serge

Literatura y revolución



por Victor Serge

fecha de publicación febrero de 1932

Resumen

Victor Serge plantea la cuestión del papel de los escritores en la sociedad, ¿a quién deben servir? ¿A los poderosos o a los oprimidos? Está claro que si se ponen al servicio de los primeros podrán llevar una vida material mucho mejor que lo hacen al servicio de los oprimidos. Ese es el dilema de los escritores. Los escritores deberían escribir sobre los problemas que afectan a la mayoría de la población, sin que por ello se dejaran de escribir libros, novelas, agradables a la lectura. No toda literatura proletaria debe ser árida. Es necesario que la literatura sirva también a pasar un rato agradable. De una buena novela se puede aprender mucho. El autor se queja de que en la URSS se intenta imponer un tipo de literatura que entre dentro de una ortodoxia ideológica, no permitiendo además que libros, y en concreto novelas de autores occidentales, entren en la URSS. No se puede impedir que la clase trabajadora lea de todo, es en el debate en donde se puede formar y afianzar en sus opiniones socialistas, en la necesidad de la Revolución y en su compromiso en ella.

Publicado por Matxingune taldea en 2011

Tabla de contenidos

Advertencia al lector	iv
1. La condición del escritor	1
2. Y hay treinta millones de proletarios	3
3. Cambio de tono	5
4. El callejón sin salida	6
5. Hora es de reparar en la revolución	7
6. Función ideológica del escritor	9
7. Pensar en los hombres	11
8. Las cárceles del alma	12
9. Nuestra crisis	14
10. En torno a una teoría obrerista	15
11. ¿Es posible una cultura proletaria?	16
12. La «política literaria» del Partido Comunista de la URSS	18
13. Esquemas	20
14. Del esquema a la idea falsa	22
15. Escritores y proletarios	24
16. El pensamiento proletario y el miedo al error	25
17. El problema de los intercambios intelectuales	27
18. Respuestas al lector malicioso	28
19. El doble deber	29
20. La tradición revolucionaria francesa	31
21. La novela de la producción. Hamp	32
22. El humanismo proletario	33

Advertencia al lector

El tema de este ensayo es limitado sólo a primera vista. La literatura no es sino uno de los diversos elementos que constituyen la cultura general. Por eso habría que plantear todo el problema de la cultura y la revolución, estudiar el papel de los intelectuales en la lucha de clases y tratar ampliamente el movimiento obrero. Mas, por difícil y delicado que ello sea, no nos queda otro remedio que abordar un trabajo limitado. Aun así, no he dudado en salirme de los límites si de ese modo lo abarcaba mejor.

Me ha parecido interesante ocuparme de algunas obras recientes, al objeto de incorporar más fácilmente el presente trabajo a una serie de investigaciones y ensayos que van marcando poco a poco los perfiles de la nueva literatura. Lamentándolo mucho, me ha resultado imposible hacerme con diferentes obras que me habrían sido de provecho: aun cuando sus autores o algunos amigos abnegados me los envían, no siempre llegan los libros a mi poder. De ahí los fallos, a veces bien claros, de mi documentación.

Leningrado, febrero de 1932

Capítulo 1. La condición del escritor

Sería muy curioso llevar a cabo un estudio sobre la condición del literato a lo largo de diferentes épocas de la Historia. No hace falta remontarse muy lejos; en el Siglo de las Luces la misión principal de los hombres de letras era servir a la Corte de diversión algo más refinada que la que eran capaces de ofrecer los bufones. En vísperas de la Revolución francesa, «según una vieja tradición, una Corte había de contar con hábiles retóricos que supieran agradar con su conversación brillante e ilustrar al príncipe que los mantenía; de esta suerte formaban parte del boato de que ha de hacer gala toda persona acaudalada». Georges Sorel, a quien pertenecen las anteriores líneas, se refiere en algunas páginas notables al humillante papel de los enciclopedistas, de Diderot o de Voltaire en las distintas cortes del siglo XVIII. No cabe duda de que por eso, entre otras razones, pasaron a la Historia. El enemigo de la Iglesia, el autor de *Cándido*, o el defensor del «Caballero de La Barre», perduran en Voltaire por encima del adulator de Catalina II. Mas todos ellos fueron Voltaire. Había que comer. Los escritores de la ascendente burguesía -mucho más poderosa entonces de lo que es hoy el proletariado en las cinco sextas partes del mundo-, no se libraban, a pesar de la misión revolucionaria que llevaban a cabo, del papel -en toda época reservado a los artistas- de animadores de los poderosos. Al tiempo que entretenían a una aristocracia sentenciada (y que bien lo sabía), ponían sus ideas al servicio del tercer estado en movimiento, concienciándolo, dotándolo de armas intelectuales y de ideologías. Y de ahí su grandeza¹.

¿Ha cambiado mucho la condición del escritor en un siglo y medio? Hoy en día éste depende del público con el que se comunica por mediación de la librería. El ente “público”, en cuanto se le examina con un poco de detalle, se materializa en dos formas diferentes: tenemos el público que lee y el público que compra. Se ha establecido inclusive la costumbre de editar las obras predilectas de este tipo de público en ediciones lujosas, con excelentes beneficios tanto para el autor como para el editor, pero en realidad tan poco destinadas a la lectura que la mayoría de las veces tienen un formato de lo más incómodo. El bibliófilo, personaje providencial para el literato de moda, no es necesariamente un gran lector; es un coleccionista de obras maestras... cuyas páginas están aún sin rasgar. ¿Qué público es el que compra el libro nuevo? El precio normal del mismo en Francia es el equivalente aproximado a una media jornada de salario de un obrero cualificado. Es todavía más caro en Alemania, en Inglaterra y en los Estados Unidos. Este simple hecho viene a probarnos que va dirigido a las clases medias y a la burguesía; todo un amplio público lector -sin el beneplácito del cual no se puede ser escritor popular, pero que, no obstante, no puede adquirir el libro nuevo-, se agolpa en bibliotecas y salas de lectura.

Son las preferencias del público comprador las que crean -diciéndolo con una palabra de moda- el clima literario. El escritor que no goce de la atención de tal público no llegará -o lo hará con extrema dificultad- hasta el público lector de las clases pobres, que, a diferencia del otro, no ejerce la menor influencia sobre la prensa y las revistas². La literatura tiende a una serie de clasificaciones que hacen depender en gran medida la reputación literaria -condición de la propia existencia del escritor- del juicio de círculos restringidos, aunque ricos o por lo menos acomodados. Claudel y Valéry, Duhamenl y Giraudoux, Margueritte y Barbusse, con una difusión diferente cada uno, dependen de unos tipos de público entre los que no hay unas delimitaciones netas, pero que no por ello dejan de diferenciarse socialmente; y la propia independencia que lograron se explica por su compenetración profunda con determinadas clases sociales.

Incluso el escritor que es bien acogido por el público comprador -es decir, por determinados círculos de las clases poseedoras-, la mayor parte de las veces no puede vivir de su pluma. El éxito de un *Remarque* viene constituyendo tal vez cada diez años la excepción a esta regla, confirmada con más fuerza todavía por otros más discretos que podemos calificar como «de librería». Entonces la literatura se convierte -horrible palabra- en «objeto literario». El editor, que no se amilana ante los gastos de una publicación americana, lanza un libro como *Babbitt* un nuevo dentífrico. Un buen técnico en publicidad debe llegar al siguiente cálculo sin mayor problema: con determinada cantidad para publicidad, determinados trucos y concursos, tendremos tal tirada y «éxito». Nos topamos así con el mundo de los negocios y tenemos entonces al escritor evaluado como si se tratara de un pura sangre o de un boxeador. Una manera de vivir de su oficio que supone la negación de su misión.

¹ Georges SOREL (*Les Illusions du progrès*, pp. 124 y ss.) tiende a quitar importancia a este papel de los enciclopedistas; Lenin les hizo más justicia.

² La falta total de interés e incluso de curiosidad de que dan muestra las grandes revistas burguesas tales como *La Nouvelle Revue Française*, en relación con el lector perteneciente a las clases inferiores de la sociedad, tiene algo de estupefaciente y hasta de torpe. Es evidente que dichas revistas consideran la literatura como monopolio de una pequeña élite privilegiada; de ello se resiente hasta su propio lenguaje.

Las más de las veces el escritor debe recurrir a un segundo trabajo, que cuanto más emparentado esté con la literatura, más inmediata hará la dependencia del que lo realiza con respecto a los fabricantes de papel impreso. El periodismo hace depender al novelista de un patrono, que no es sino un capitalista al servicio de las clases poseedoras. Desde ese momento, el escritor debe hacer gala de un color o por lo menos de una tonalidad política que no desentone de la del patrono; y si no que se vaya a otra parte a buscar el sustento. La influencia del medio hace lo demás; se tienen las convicciones que dictan los intereses propios.

Todo esto es archisabido. Que un editor reciba al mismo tiempo dos manuscritos de igual valor literario (en principio, para nosotros, su auténtico valor no podría ser nunca el mismo). Que nos encontráramos en uno de ellos con el Señor, la Dama y el Amante, con palacios, cafés, amoríos rodeados de lujo y la agudeza (cáustica, por supuesto, pero al tiempo bienpensante) del parisiense inteligente que tiene la panza bien llena. Y en el otro con la lucha por la supervivencia, con el mundo del trabajo, con el amor hecho añicos, con las casas sombrías de la zona de la Charonne, con la vida hacinada de la masa o con la subversiva inspiración de un Vallés, para quien «todos los chalecos son demasiado grandes». ¿Cuál de los dos sería elegido o resultaría mejor visto? ¿Cuál de los dos, una vez editado, se vendería mejor? ¿Cuál de los dos gozaría de las alabanzas de los críticos, del incienso de los periódicos y de los galardones de los jurados? Sin lugar a dudas, el menos humano de los dos, aquél que resultara halagador para los gustos del público acomodado; el que, como es costumbre inveterada, hubiera sido concebido para entretener a los ricos. ¿Cuál de los dos escritores podrá desenvolverse mejor? Sin duda alguna, el que sirva de distracción a los ricos.

Y este es el problema. El callejón sin salida.

Capítulo 2. Y hay treinta millones de proletarios

Una estadística que nos haría temblar, sin que con ello nos diera una idea precisa de la mentalidad de la época, sería la de las novelas francesas publicadas desde hace veinte años y que traten del amor entre la gente de mundo; que nos diese el número de marquesas, vizcondes, burgueses y rufianes; que redujese a cifras los líos sentimentales de antes de la guerra y las perversiones de después; que calculase la cantidad de agua de bidet que contiene esta literatura, en metros cúbicos, con fuerza de corrientes, etc.

Estaría bien compararlas con otras cifras.

Francia cuenta en la actualidad con 14 millones de proletarios, que son 30 si incluimos sus respectivas familias. 14 millones de hombres que se ganan el pan, conforme a la ley bíblica -la única ley divina aplicada al pie de la letra desde la creación del mundo-, con el sudor de su frente¹.

La simple exhibición de estas cifras nos hace comprender la palabra «masas», terrible donde las haya. Acto seguido nos preguntaríamos: ¿cuántos libros han sido escritos para estos millones de seres humanos, para narrar su existencia, para «analizar su vida interior» -pues alguna tendrán, después de todo- para que se descubran a sí mismos, para ilustrarles y para distraerles?² Sí, para distraerles de otra manera que no sea contándoles cómo se encama la mundana señora con el apuesto bailarín brasileño.

¿Cuántas obras se han escrito sobre los mineros desde que apareció *Germinal*, en 1885? Francia cuenta con 500.000 mineros, que en algo contribuirán también a la famosa «grandeza» de su patria. Los novelistas suelen ir en pos de exotismo y aventuras a Papeití, al Chad, a Siam, al río Amor entre los papúes, los tupinambas, al Caribe, o a la mismísima luna. Mas ignoran la existencia de los parias de Amiens, el trabajo en sus fábricas textiles y el de las mujeres que se dedican a asistir por casas particulares, etc. Ignoran a los pescadores de Bretaña -a pesar de tan bello marco- o a los cargadores de los muelles -que no hay tan sólo bares en los puertos. Sin mayor esfuerzo, se podrían gestar así novelas inspiradas en millones de almas que sufren desprecio tal; novelas de amor, novelas de aventuras y otras muchas novelas que tocasen el amor o la aventura junto a otros muchos temas. Habría material para surtir todos los géneros, acabar con todos los *spleens*, terminar con todos los viejos y tópicos clichés, despertar el sentimiento trágico de la vida y descubrir nuevas razones para vivir. Nada se ha hecho. ¿Por qué? Me remito a lo dicho. Con tales descubrimientos, el editor pronto iría a la ruina. El público comprador -¿estaría bueno!- no paga para que se le hable de cosas más bien desagradables de saber, habiendo cosas bonitas. ¿Acaso no se lee para olvidar las calamidades? 30 millones de trabajadores ocupan menos espacio en la literatura francesa que el *faubourg* (barrio) Saint Germain. Los treinta mil muertos de la Comuna, cuyo recuerdo vivo desempeñó un extraordinario papel en la revolución rusa, tan sólo sirvieron a los escritores franceses de inspiración para unas pocas obras, casi imposibles de encontrar hoy en día³. La literatura sabe más de pederastas que de obreros. Hace falta un

¹ El censo de 1921 ha permitido la elaboración del siguiente cuadro con respecto a la composición social de la población francesa.

Población activa (incluidos los extranjeros).....	20.000.000
Burguesía	1.500.000
Clases medias (pequeña burguesía, campesinado, funcionarios y otros).....	4.500.000
Proletarios (obreros, empleados modestos, artesanos y campesinos pobres)	14.000.000

² Ilustrarlos, distraerles... Toda la obra de Paul Bourget es claramente didáctica, Paul Morand, en sus mejores páginas, está movido evidentemente por el deseo de divertir al lector. En un sentido un tanto distinto, se puede decir que Gide y Proust ilustran al lector al tiempo que le amplían su experiencia intelectual.

³ Tres son las que conozco: *L'Insurgé* de Vallés, *La Commune* de P. y V. Margueritte (1904) e I.N.R.I. de León Caludel, recientemente editada por la Librairie Valois. Señalemos que la obra de un Vallés no ha sido reeditada desde hace muchos años. Hay que decir que la mentalidad burguesa de los libreros impide que ni siquiera los editores progresistas reediten al comunero, lo que, sin embargo podría resultar un pingüe negocio. Pero habría mucho que hablar sobre esta cuestión. Los partidos obreros tienen en Francia varios millones de electores; las centrales sindicales cuentan con un millón de miembros aproximadamente; el partido socialista, el comunista y los grupos sindicalistas y libertarios agrupan muy bien en total a unos cien mil militantes. Y yo pienso que el militante obrero, por su naturaleza curiosa, su carácter independiente, su temperamento activo, combativo incluso, y su realismo, es un tipo humano de gran valor. Detrás de estas formaciones están las masas propiamente dichas, cantera humana tan vasta como el océano. Que existe ahí un público literario al quite, para el que se debe trabajar, escribir, editar... todo un público de sobra capacitado, al que sólo hay que saber interesar por esta literatura, es algo que me parece indiscutible. Si los

automóvil y ser rentista para tener carta de ciudadanía en la novela tradicional; la única excepción a esta regla la constituye el personal femenino que sirve de objeto de placer a quienes andan en automóvil.

editores no se han interesado aún por el mismo, es sin duda debido en primer lugar a las presiones que sobre ellos ejercen los libreros burgueses, muy recelosos con respecto a cualquier revolucionismo real. Las dificultades de supervivencia de librerías obreras, tales como la heroica Librería del Trabajo, son debidas a la falta inicial de recursos y, acaso más, a la funesta mentalidad sectaria de las organizaciones obreras. El éxito permanente de una Zola viene a demostrar la posibilidades que tiene una literatura popular en el sentido proletario de la palabra.

Capítulo 3. Cambio de tono

La literatura de antes de la guerra era de un tono más «avanzado» que la actual.

El radicalismo predominaba tanto en la mentalidad como en los ministerios. Y ello por idénticas razones. Desde 1871, Europa disfrutaba de la paz capitalista; a lo largo de cuarenta y tres años, tan sólo en España (una revolución democrática fenecida en 1874) y en Rusia (otra, con la que se terminó en 1905) se registraron convulsiones sociales. La crisis del *boulangierismo* y la del *affaire* Dreyfus, lejos de dar al traste con ella, sólo sirvieron para consolidar a la Tercera República, mediante la victoria de la burguesía y de la pequeña burguesía republicana frente a la reacción agraria y a la aristocrática. Desde la sangría infligida en mayo de 1871 al proletariado parisiense -segunda vez que las barriadas obreras fueron diezmadas en menos de veinticinco años¹-, la burguesía se sintió segura. El desarrollo del maquinismo, coincidente con la expansión colonial y el impulso del comercio internacional, inauguraba una etapa de prosperidad. La burguesía tenía fe en su destino. El darwinismo hacía de la competencia una ley natural; el positivismo y su heredero el cientifismo proporcionaban un cuerpo de doctrina tranquilizador al progreso. El propio socialismo, convertido al parlamentarismo, al reformismo y al pacifismo, mutilando los textos de Marx para olvidar la dictadura del proletariado, repudiando la acción violenta y reemplazando la revolución por la evolución, desarmaba totalmente al socialismo; para ser más exactos, desarmaba al proletariado justamente cuando las siderurgias de Essen y Creusot fundían el hierro para los cañones de la Gran Guerra, cosa que sabía de sobra por otra parte. La literatura del momento, manejada en suma por los representantes más excelsos de la sociedad cultivada, podía permitirse aspiraciones generosas y dárselas de bucólica. Los tiranos inteligentes nunca impiden que a su mesa canten los poetas a la libertad. La propia fuerza del movimiento obrero -y estoy pensando en el ejemplar sindicalismo de combate de Griffuelhes, de Pouget de Pataud o de Yvetot-, lejos de constituir una amenaza para el régimen en aquel entonces, más bien servía de estímulo a la vitalidad del mismo, cosa de la que muy bien supo percatarse Sorel. Zola y Anatole France siguen siendo los escritores más representativos de la época.

El tono general de la literatura de hoy es muy otro. Paul Morand -*Rien que la terre!* [Sólo la tierra]- recorre las costas de Italia y la imagen del fascismo la devuelve las esperanzas, pues se encontraba lleno de dudas acerca de Francia, de Europa, del orbe entero y de sí mismo: «Cuatro años fueron suficientes para que renazca [la Italia de Mussolini], renovada, moderna, unida, prefiriendo los actos a las palabras (...) Escucho la voz de Paul Valery diciéndome: los griegos y los romanos han demostrado cómo tratar a los monstruos de Asia». ¿Está la cosa bastante clara? Paul Morand no es el único. Otros muchos escritores se dan también cuenta de la necesidad de una movilización de los espíritus en defensa del capitalismo. Drieu La Rochelle sueña con una «derecha joven». Montherlant le escribe afectuosamente a Romain Rolland, al cual admira: «No hace falta un gran esfuerzo para imaginarse unas circunstancias que pusieran en mis manos la decisión de hacerlo a Vd. fusilar (...). Sobradas razones justificarían tal acto» (*Europe* de 15 de febrero de 1926). Reacción y pesimismo² de los unos; desesperación, planteamiento de suicidio y -por esta vía en absoluto proletaria- adhesión final (¿final?) a la revolución de los otros: el grupo surrealista.

¹ Endurecimiento por parte de la -segunda República: jornadas de junio de 1948. Endurecimiento por parte de la Tercera Semana sangrienta de mayo de 1871.

² Aún de Paul Morand y de la misma obra son las siguientes líneas: «Un día no lejano (...) la raza amarilla y la negra se adueñarán de nuestras tierras fértiles; habrá una lucha interracial para disputarse los mejores climas, igual que hay una lucha de clases por la posesión de las riquezas. Si de aquí a entonces no se inventan sustancias químicas propagadoras de pestes y sistemas de inundación artificial, tendremos que esperar innumerables guerras cósmicas (...). Sólo quedará el recurso de meterse a trapense».

Capítulo 4. El callejón sin salida

La literatura se encuentra en el mismo *impasse* que las ciencias sociales, cuyo desarrollo se ha producido contrariamente a los intereses de las clases dirigentes. Por lo que respecta a la economía política, Marx lo ponía de manifiesto en 1872, en el segundo prólogo de *El Capital*: «En la medida en que se aburguesa, es decir, en cuanto que ve en la organización capitalista el modelo final y absoluto de la producción y no un estadio pasajero de la evolución histórica, la economía política no puede seguir siendo una ciencia más que si la lucha de clases permanece latente o se manifiesta tan sólo en fenómenos aislados». En cuanto la lucha de clases se hace más enconada, «la investigación desinteresada se trueca en polémica a sueldo y el trabajo imparcial deja paso a la mala conciencia y a la apologética...». Una literatura que planteara los grandes problemas de la vida moderna, interesándose por la suerte del mundo, en especial el del trabajo y los trabajadores -lo que supondría descubrir a un noventa por ciento de la sociedad hasta ahora ignorado-, que no se contentase con describir el mundo, sino que pensara también a veces en transformarlo, que, en resumen, fuera activa y no pasiva, que recurriera a todas las facultades del hombre, respondiendo a todas sus necesidades espirituales, en vez de limitarse a distraer a los ricos..., una literatura de este tipo, decía, habría de ser algo -inclusive al margen de los intenciones de sus autores- profundamente revolucionario. El desarrollo de la misma sería, desde ese momento, contrario a los intereses de las clases poseedoras. Por tal motivo esa literatura aparece tan difícilmente y con tanto desfase en relación con los acontecimientos; los dispersos elementos que podrían impulsarla vegetan las más de las veces en destortalados invernaderos, a la temperatura precisa para lograr los difíciles brotes de las plantas enanas que sirven para ornamentar interiores... Desde el día 2 de agosto de 1914, sin embargo, los cristales del viejo invernadero se han visto repetidamente bombardeados por pedruscos de cierto calibre. El francés medio ya no ignora que la cotización de las acciones en Wall Street, la puesta en marcha del plan quinquenal en la URSS, la caída de la libra inglesa o la agitación racista en Alemania -entre otros muchos factores igualmente distantes, en apariencia, de su cuarto de estar- ejercen sobre su vida personal una sensible influencia, demasiado sensible a veces. ¿Va a consentir indefinidamente que se le sirva una y otra vez la sempiterna novela de la parejita¹ o del señor rico que se aburre, o de la bella dama que no sabe lo que quiere, o del sutil caballero que se analiza y pregunta por qué no sabe lo que quiere? Hay indicios que denotan en él otras aspiraciones. A partir de la guerra, los escritores han iniciado una perseverante investigación sobre el mundo. El cosmopolitismo, los viajes o las traducciones en boga, corresponden a una serie de cambios profundos acaecidos en la psicología del público, al que otra serie de sucesos catastróficos le han hecho percatarse súbitamente de la interdependencia de todos los hombres y del carácter universal de la civilización.

El auge de las biografías noveladas -a pesar de cuanto de malo se pueda decir acerca de un género híbrido en el que la invención literaria, obstaculizada por la búsqueda de la verdad histórica, obstaculiza a ésta a su vez- no deja de ser significativo, pues da prueba de un anhelo, difuso todavía, por reencontrar la vida, las luchas y los verdaderos problemas, a través de los hombres de acción. En ambos casos se trata de reemplazar las ficciones alicaídas por realidades casi documentales. Ya tiene que estar de capa caída el arte para que el lector llegue a pedir al literato que le novele una guía Baedeker o la vida de Thiers. Pero a este lector no le falta razón.

¹ No es mi intención hablar mal de las novelas de amor, basadas en un tema eterno, pero creo que es preciso que dicho tema vuelva a ocupar sin más el lugar que le corresponde entre otros muchos más densos; tanto el hombre como la mujer dependen en todo instante de su vida, de su entorno social; la literatura burguesa, cuando finge ignorar dicha dependencia, está falseando y empobreciendo la imagen que nos ofrece de la realidad, reemplazando el mundo real por otro tan convencional como un decorado de ópera. La literatura rusa, por otro lado, tampoco tiene por qué enorgullecerse de no haber dado en diez años ni una sola novela de amor, ni siquiera la más discreta; eso sólo prueba que no está respondiendo a todas las necesidades de la sociedad.

Capítulo 5. Hora es de reparar en la revolución

Quince años hace ya que la revolución ha venido a trastocar el mundo. Tres imperios se van a pique entre 1917 y 1918: el ruso, el alemán y el austriaco. De 1918 a 1923 se sofocan cuatro revoluciones: en Finlandia, Hungría, Alemania y Bulgaria. Una contrarrevolución preventiva triunfa en Italia frente a una revolución fallida. Se aborta en Austria una revolución socialista y una dictadura militar termina lastimosamente en España. Y he aquí que ya hace más de catorce años que la dictadura del proletariado se mantiene en la URSS, Revolución china, fermento revolucionario en la India e inestabilidad política en América latina. Crisis general, por último, en los países capitalistas más sólidos. Ciertamente es que Francia constituye en este universo enfermo una especie de oasis; mas ello no puede ser ni tranquilizador ni duradero, pues los fríos vientos de la crisis llegan hasta el oasis. La idea de que el régimen precisa de una transformación radical arraiga hasta en la propia burguesía. Balcanizada, en la bancarrota, asolada por el paro y gobernada por financieros, politicistas, policías y *condottieri*, Europa multiplica ante la inseguridad los pactos militares, los convenios de seguridad, las negociaciones para el desarme e invierte el grueso de sus presupuestos en la fabricación de gases, aviones, submarinos, supertanques y fusiles ametralladores extra rápidos. Hay que ver a dónde conduce todo esto.

La peor «traición de los intelectuales» es probable que no sea la narrada por Julien Benda. A lo largo de veinte años éstos han dado pruebas de una miopía exasperante: ante la guerra mundial, de 1914 a 1918, cuando la excepción la constituían tan sólo unos pocos hombres en torno a Romain Rolland, a fin de elevar las protestas de la *intelligentzia* europea contra el imperialismo; de 1917 a 1920, por su incompreensión hacia la revolución proletaria; en nuestros días, por su desconcierto ante la crisis, por su desconocimiento sobre la revolución y por su incapacidad -aun en los casos en que se adhiere a ella- para comprender las contradicciones.

Tales fallos obedecen sin duda a la situación social de las clases medias, condenadas a oscilaciones permanentes entre la burguesía y el proletariado. Obedecen asimismo a la debilidad actual del proletariado revolucionario. En tres grandes países al menos -Inglaterra, Alemania y España-, si éste se hallara a la altura de su misión, debería prepararse actualmente para la toma del poder. Nada hay de eso. La reacción lleva la delantera. La democracia está estancada, retrocede incluso y por inconsciencia, debilidad o interés, llega hasta a servir a menudo estúpidamente a la reacción. Forzada a elegir entre el riesgo de una revolución obrera y la amenaza de la reacción, la socialdemocracia alemana no parece haber albergado jamás la menor duda. Cuando su deber era fusilar a Ludendorff, dejó asesinar a Liebknecht. Y sigue con este peligroso juego. El día de mañana sabremos probablemente si es capaz de seguirlo hasta el final, es decir, hasta el propio suicidio. Los intelectuales burgueses y pequeño burgueses, a quienes «la comprensión teórica de la totalidad del proceso histórico habría de predisponer para sumarse al proletariado revolucionario»¹, bien participan de los errores de esta democracia indecisa o bien, no viendo apoyo en parte alguna, buscan su camino como francotiradores en un aislamiento tanto más triste y desmoralizador por cuanto, si se quiere sobrevivir así, habrá que plegarse siempre ante el régimen.

Los técnicos constituyen los *cuadros* de la producción capitalista; con la excepción de un personal pobre y subalterno que los revolucionarios no pueden subestimar, las profesiones liberales se encuentran vinculadas por multitud de lazos a la burguesía; la Universidad cumple una función al servicio de ésta nítidamente marcada: conservar en todas sus formas específicas la tradición de la cultura burguesa. La especialización reduce ampliamente el horizonte de cada profesión. El ingeniero, el abogado, el entomólogo o el matemático encuentran normal -al margen de su profesión específica- compartir las ideas de todo el mundo, es decir, esa pacotilla de ideas tan borrosas como las viejas monedas en circulación después de mucho tiempo. Grandes cambios son precisos para quitárselas de encima, como ha venido a probar la revolución rusa. Los escritores constituyen en este sentido una categoría privilegiada de intelectuales, mucho más capaces que los demás de ponerse al servicio del proletariado o de hacerse aliados suyos. No pertenecen a las grandes familias de la industria, no han adquirido una especialización rígida y de cortas miras y, en menor medida, se ven libres del espíritu del colegio profesional y del mandarinato universitario; si así lo desean, pueden tener un contacto más directo con las masas a cuyas inquietudes respondan sus mensajes. Estas les piden opiniones, ideas, ejemplos, consejos inclusive y esperan de ellos que expresen todo aquello que ellas no saben expresar. El

¹ «Al igual que antaño una parte de la nobleza se pasó a la burguesía» (K.Marx-F.Engels, *El manifiesto comunista*).

gran escritor de toda una época o el gran escritor del momento hablan para millones de hombres sin voz y a través de ellos hablan éstos.

No olvido, en efecto, ni el snobismo, ni las modas literarias, ni la fatuidad bufonesca propia de muchos *hombres-de-letras*; pero hemos llegado al punto en el que el escritor ha de decidirse, al momento de la elección; desde ahora tan sólo nos interesarán quienes opten por ponerse al servicio de algo más importante que sus propias personas.

Capítulo 6. Función ideológica del escritor

Los grandes escritores de una época son siempre como predicadores, incluso a veces como apóstoles. Sirva el ejemplo de Balzac, algunas de cuyas novelas revelan tesis de tamaña ingenuidad burguesa que nos resultan curiosamente satíricas: léase *César Birotteau* o *Le Martyr de la boutique* [El mártir de la tienda] o incluso *Thèse sur la probité du petit commerçant* [Tesis sobre la honradez del pequeño comerciante]. Balzac realizaba su obra con una convicción apasionada, en una época en que la burguesía transformaba el mundo a su imagen y semejanza.

Por aquel entonces, ni las más pequeñas de las virtudes de la clase dominante tenía el menor ribete de ridiculez. ¿Tendré que dar nombres? Whithan, Zola, Tolstoi o Romain Rolland son cuatro escritores que tienen algo de apóstoles y es acaso esto lo que les da su envergadura. Hay algo de moralistas y de predicadores en Anatole France, en Barrés, en Gide, en Barbusse y en realidad en todo escritor de peso.

El escritor cumple una función ideológica. Se podría decir que hay dos tipos de escritores: los entretenedores de ricos y los portavoces de las multitudes¹. En la realidad -siempre contradictoria- ambos no son con frecuencia sino uno mismo, mas entonces se hace indispensable que o el uno o el otro prevalezca. Nada más falso que deducir de ello que toda obra se vea o deba verse animada de un trasfondo político; eso nos llevaría casi de inmediato a la canonización de la obra de tesis. Dichas obras, en el sentido usual de la palabra tesis, son -por regla general y por definición- de calidad inferior y por lo tanto en un plano de inferioridad en relación con su función. La confusión entre la agitación, la propaganda y la literatura resulta por igual funesta para estos tres tipos de actividad intelectual y de acción social (por más que en casos concretos puedan darse eficazmente conjuntados de diversas maneras). El valor muy especial de la novela viene dado por cuanto ésta sea capaz de presentarle al hombre algo más que simples consignas políticas o determinadas reivindicaciones. Su validez viene dada por un saber exponer modos de sentimiento, de vida interior, de comprensión de los demás y de sí mismo, de amar y de apasionarse. Obvio es decir que -repetámoslo- estas vivencias que, una vez analizadas, responden a una ideología, corresponden necesariamente a los principios, escritos o no, de determinadas clases sociales; mas de una manera indirecta y remota -en apariencia frágil e imperceptible para todo aquél que no proceda a su disección. Los rusos suelen decir, con palabras un poco simplistas pero efectivas: «El escritor es un organizador de lo psíquico». Mal organizador será el que anuncie: «Hale, voy a enseñarles a pensar y a sentir». En primer lugar será un tanto pretencioso y, en segundo, aun en el caso de que el lector no se sienta herido en su amor propio, ya tendrá que carecer de espíritu crítico para que tales intenciones no le merezcan la mayor desconfianza. Inferioridad de la literatura de tesis.

Otro aspecto de dicha inferioridad se refiere al propio escritor. Este se ve dominado por su tesis, sabe a dónde quiere llegar y por tanto allí tiene que llegar. No es dueño de dejar en libertad a sus facultades creativas y seguir las con los ojos cerrados -cerrados ante, por ejemplo, las contingencias políticas del día-, pero abiertos, bien abiertos, prodigiosamente abiertos ante el vasto universo, como los ojos de un Rimbaud. Lejos estamos de conocer a la perfección los mecanismos de la creación artística. Cierto es que, en todo caso y para muchos artistas, el esfuerzo tendente a subordinar por entero la actividad creadora -en la que intervienen cantidad de factores de orden inconsciente y subconsciente- en una dirección rigurosamente consciente, no llevaría sino a un indeseable empobrecimiento de la obra y de la personalidad de su autor. Lo que el libro iba a perder en espontaneidad, en complejidad humana, en sinceridad profunda o en positivas contradicciones, ¿iba a ganarlo acaso por la claridad de las ideas? En algunos casos es posible. Pero el atractivo y la eficacia de la obra literaria provienen precisamente de un íntimo contacto entre el autor y el lector, de un contacto a unos niveles en los que ya no basta con el lenguaje puramente intelectual de las ideas, de una especie de compenetración que tan sólo se logra a través de la obra de arte; mermando los procedimientos para llegar a aquélla se mermará todo. Yo no veo qué es lo que se pueda ganar de tal suerte, si bien comprendo perfectamente al político que, por encima de cualquier otra, se quede con las novelas que sigan al pie de la letra los puntos de su propio programa. Bien miope, sin embargo, habrá de ser este político que se caracterice por su incapacidad para subordinar sus intereses a otros más vastos y permanentes. Sin la menor vacilación,

¹ Intencionadamente, no empleo aquí las expresiones «masas» o «clases», que habrían de parecer más correctas a los partidarios del esquematismo pseudomarxista. Las relaciones entre los medios intelectuales y las categorías del modo de producción están lejos de ser lo directas que se imaginan los simplificadores que no encuentran nada mejor que eliminar dogmáticamente las dificultades. Evidentemente, tal método no tiene nada que ver con los análisis marxistas.

yo lo contrastaría con el político proletario para quien una obra vigorosa y viva, embebida de un espíritu revolucionario -aun difuso-, una obra mancillada incluso por todo cuanto los doctrinarios baratos denuncian tan duramente como «desviaciones ideológicas», vale más, resulta más útil que cualquier otra que responda a todas las exigencias propagandísticas, pero en la que se hallen ausentes esos elementos inexpresables e indefinibles, que nos conmueve, que nos emocionan hasta lo más hondo y encienden en nuestros adentros la llama benéfica de un sentimiento profundo².

Un ejemplo: la novela de Helene Grace Carlisle, *Mother's Cry*, traducida al francés por Magdeleine Paz con el título *Chair de ma chair* [Carne de mi carne]. Pocas obras recientes conozco fraguadas con aleaciones más nobles. Me trajo a la memoria ciertas patéticas esculturas de bronce de Constantin Meunier. Cuando se ha seguido paso a paso -expresado con un lenguaje con tanta más garra por cuanto refleja todas las torpezas, todas las indigencias del auténtico habla de una pobre mujer de Nueva York-, cuando se ha seguido hasta el final la trayectoria de su vida, sentimos sobre nuestras espaldas un algo de la mole inhumana de los rascacielos. Le dejé este libro a un joven militante de esos que lamentablemente, todo lo politizan; en síntesis, su respuesta fue: «Dese cuenta de que este libro responde a una mentalidad pequeño burguesa; en el mismo no se condena al capitalismo americano; el final esté presidido por un tono de resignación combinado de esperanza, señal de que el autor aún alberga ilusiones sobre la democracia americana; éste, a imagen de sus personajes, no ha sabido descubrir el camino del partido...», etc. Se necesita ser corto de alcances para no darse cuenta de que precisamente al abstenerse de formular una condena explícita del capitalismo americano, al mostrar incluso que dicho sistema logra adueñarse hasta tal punto del espíritu del oprimido que ni siquiera le deja entrever nada al margen de lo que le envuelve, el escritor está poniéndonos bien de relieve -tal vez a pesar de sus esperanzas muy reales en la democracia americana-, con una fuerza inigualable, la incidencia de la civilización americana sobre los explotados.

² Habría que examinar aparte el punto de vista de la crítica. Una crítica incisiva y combativa, que no se contentara con destacar sólo los méritos de la obra, tendría que insistir ampliamente en los fallos ideológicos de la misma; este tipo de crítica me parece condición indispensable para el desarrollo de una literatura revolucionaria.

Capítulo 7. Pensar en los hombres

Así pues, ¿qué hace falta para que el escritor hable a las masas, contribuya a la concienciación de la gente y se comporte como un ciudadano de su tiempo? Dejarse de palabrerías y tomar en consideración la realidad de una civilización admirable por sus enormes posibilidades y escandalosa, repugnante y catastrófica por sus efectos. Ver al hombre víctima de las luchas sociales, de las guerras, de la falsa prosperidad, de las crisis, del hambre, del terror, de las dictaduras, de la carrera de armamentos; al hombre-hormiga a la sombra de las edificaciones-mole, al hombre-mascarilla elaborando los gases infernales de la próxima guerra; al hombre sin más, aún más tímido que los pobres salvajes por sus hechiceros, cuando abre cada mañana su «diario de información general»; al hombre satisfecho a veces de poder comer hasta hartarse o de hacer el amor en esta enorme nave sin piloto que en ocasiones nos da la impresión de que va a irse a pique. ¡Pensar en el hombre! Hacerse preguntas sobre las causas de las cosas, tomar partido, bajar al ruedo y no ver los toros desde la barrera. Digo *bajar*, mas ¿qué significa eso? ¿Bajar de dónde? ¿De que podio de cartón-piedra? Mas bien diría ascender hasta la lucha, dejando atrás su triste papel anterior.

Ello no significa convertirse necesariamente en un revolucionario; pero toda meditación desinteresada sobre el destino del hombre de nuestro tiempo habrá de aproximar más o menos a quien la lleve a cabo a los revolucionarios, a menos que se parta de unas bases reaccionarias, en cuyo caso sólo se obedecerán los imperativos sociales de las clases conservadoras. Poco importa dónde se detenga el escritor en su búsqueda de una solución al problema humano; si es honesto su empeño, sólo con plantear el problema hará ya una labor inmensamente útil. Los revolucionarios habrán de echarle en cara con frecuencia que no sepa ver lo bastante claro, que sea juguete de las ilusiones mantenidas por las clases dirigentes o que en una medida más o menos desagradable sea a la vez preso y guardián de la ideología de aquéllas; todo cierto. Habrá quienes le vituperarán violentamente por sembrar la confusión en las ideas de la clase obrera, y no también sin razón, mas la cosa será mucho menos grave de lo que se suele pretender si los revolucionarios saben estar en sus puestos. Hemos de tener menos miedo a la confusión en el ámbito de las ideas que al vacío y a la esterilidad. La ideología del proletariado es lo suficiente fuerte como para no tener nada que temer de los conflictos en el orden de las ideas, de la diversidad de errores, de la búsqueda, de las ilusiones y de las pruebas; pero es preciso que la gente se empape bien de ella, que arraigue con fuerza en su mente; por lo que respecta al escritor pequeño burgués -por emplear el término clásico que parece ya inevitable- hay que conformarse, y no poco es, con que, por ejemplo, se inspire en un auténtico sentimiento de justicia, por más que con este sentimiento, no obstante, en el terreno político no pudiera llegarse sino al socialismo idealista más vaporoso. Las organizaciones proletarias no van a exigirle que sea foco de luz que se proyecte sobre la lucha de clases; los militantes no dejarán de señalar los puntos oscuros y los fallos de sus ideas, pero sin que por ello vayan a dejar tampoco de reconocer en él a un aliado valioso.

«De cuanto se escribe, a mí tan sólo me agrada lo que se escribe con la propia sangre», decía Nietzsche. Cuanto hay de romántico en esta petición de sinceridad apasionada, no me parece fuera de lugar en una época en que la necesidad de un romanticismo revolucionario se hace sentir cada vez más. La sinceridad de las obras es una de las condiciones esenciales de su impacto. La literatura proletaria no surgirá ni del empeño -aun perseverante- de las organizaciones burocráticas, ni de los congresos; las más atractivas mociones, inspiradas en el espíritu de la doctrina más sana por los funcionarios más íntegros de las comisiones de propaganda, jamás darán lugar a un buen libro¹, a *menos que surja de por medio la sinceridad de la pasión*.

La literatura proletaria será obra espontánea de escritores que se sumen al proletariado revolucionario. El tradicional divorcio entre la vida afectiva -constituida por la cultura, es decir por el pasado- y las convicciones tenderá a ser mínimo en su caso, a fin de conseguir esa plenitud en la expresión que resulta de la concordancia profunda entre las aspiraciones subconscientes, el sentimiento, todo cuanto origina la pasión y la conciencia. La obra proletaria no puede venir definida de este modo más que por su calidad. Escritores habituados a ver el mundo a través de la ideología proletaria, incapaces de disociar a partir de entonces -sea cual sea su origen individual- sus propios intereses de los del proletariado, imbuidos de las tradiciones revolucionarias -ya bien ricas- de nuestro tiempo, ya no podrán -sea cual sea la temática que traten, sea cual sea su estado de ánimo y hasta sus variantes ideológicas- crear sino obras proletarias, que lo serán en la medida en que sus propios autores sean revolucionarios proletarios.

¹ Les será fácil, bien es cierto, contribuir a la aparición de muchos malos, truncando al tiempo algunos buenos con un poco de suerte, pero está claro que lo uno no compensa lo otro.

Capítulo 8. Las cárceles del alma

Lo más grave es el *alma prisionera* del autor.

Emmanuel Berl nos anuncia la *muerte del pensamiento burgués*. Eso es zanjar la cuestión demasiado rápido, pues mal muerto habrá de estar quien tan bien puede matar. El panfleto admite exageraciones expresivas y a Berl no le falta razón al denunciar la endebles de base de una literatura que se encuentra en un callejón sin salida, inferior con mucho en su conjunto al pensamiento burgués en sus manifestaciones fundamentales¹.

Sin desdeñar el panfleto, no podemos concebir que se proceda a enterrar verbalmente al adversario antes de haberlo abatido, sobre todo tratándose de un adversario que nos está acosando, deformando a los nuestros, imponiéndonos con su lenguaje propio hasta sus particulares maneras de sentir y pensar y dando pruebas todavía de una extraordinaria energía.

Vemos el mundo a través de las categorías de un pensamiento moldeado por la cultura capitalista. El contacto no es directo entre el hombre y la realidad, no hay contacto directo del hombre consigo mismo, debido a que las citadas categorías se interponen. «El hombre se ha perdido a sí mismo» (Marx). Las ciencias que tratan de las cuestiones más alejadas del hombre -astronomía, física, matemáticas- son las más objetivas. En cuanto se acercan a él empieza a acusarse la deformación, imperceptible en un principio; se da en el lenguaje y de la misma manera que existe toda una mitología primitiva en las palabras y que al decir «sopla el viento» o «la ola se alza» seguimos usando expresiones que reflejan el animismo de nuestros antepasados, así también somos víctimas de la mitología capitalista cuando formulamos hasta las más simples ideas. He aquí las primeras líneas del *Manifiesto del surrealismo*, de André Breton. Primera: «La creencia incide tanto en la vida que...». No profundicemos en el sentido de la palabra creer, tal como resulta para nosotros de nuestro pasado cristiano, no nos detengamos en la idea malsana de una creencia en la vida. Tercera línea: «El hombre, ese soñador irremisible...». ¿Puede darse otra mitología más rica que la que encierra la palabra «soñador», unida en este caso a «irremisible», merced a una concepción estática y abstracta del hombre, tal como es del gusto del positivismo clásico del siglo XIX, o a una concepción intelectual de las entidades que se toman por modelo? El escritor surrealista no dispone más que de un conjunto de ideas y palabras originadas por una ideología situada en las antípodas de la suya. Sus propios esfuerzos por liberar de la actual ideología burguesa, de la que él mismo procede, que constituye su propio armazón, tienen algo de heroico y de ridículo a la vez².

Tómese al azar en cualquier otro libro cualesquiera frases; medítese un rato la terminología y se descubrirá -sin necesidad de recurrir a minuciosos análisis- una serie de nociones claramente marcadas con diversas y sucesivas improntas, cual viejos sellos marcados por diferentes matasellos: la más reciente sería la de la sociedad burguesa. Mediante una selección implacable y un modelado incesante, la sociedad, echando mano de todos los recursos, desde lo colectivo, lo individual, lo consciente y lo inconsciente, hasta la inhibición, la sublimación, la imitación y la dialéctica utilitarista, ha prefabricado todas nuestras ideas. Bergson puso de relieve que «la inteligencia aspira ante todo a fabricar», «apunta antes que nada a la acción del hombre sobre lo sólido»³, vinculando de esta manera el propio inicio de la misma al trabajo. Habría que citar aquí entero el precioso capítulo de Marx⁴ sobre *el fetichismo de la mercancía*, con las apreciaciones que expone

¹ Resulta muy falaz reducir el pensamiento burgués a la literatura e incluso a la filosofía; no es ni mediante la una ni la otra con lo que la burguesía conserva su dominio, sino gracias a la acción ininterrumpida de la que deriva una ideología flexible, ingeniosa y con inventiva, que se vuelve ávida por la voluntad de poder que la entrevera. ¿Quiénes han sido los que encarnaron la ideología burguesa en la Alemania de posguerra? ¿Los escritores Heinrich Mann, Thomas Mann, Dudwig, Von Unruh o Remarque? ¿Los filósofos? ¿Spengler? ¿No serán más bien un Hugo Stinnes, un Walter Rathenau, un Helferich, un Cuno, un Schacht o los Hugenberg, los Thyssen, los Kloeckner o los Krupp, a quienes no hay que considerar en este caso como individuos pensadores, sino como una clase pensante representada por individuos? Tiran de los hilos y hay una serie de ideólogos que se ponen a hablar; y ese es sólo uno de entre los medios de dominación y no precisamente de los más importantes. Tomo el ejemplo de Alemania, donde el retraso de la literatura burguesa ante las necesidades de la propia burguesía es manifiesto, sin que por ello se resienta la auténtica ideología burguesa.

² A propósito de los surrealistas escribía yo en una revista soviética en 1926: «El error fundamental de los surrealistas es hablar con gran facilidad del hombre sin más, identificándose a sí mismo, jóvenes intelectuales pertenecientes a una pequeña burguesía machacada por la Historia en un país capitalista desangrado, en una sociedad burguesa insegura y debilitada, con el hombre moderno. Egocentrismo muy fácilmente explicable, que sería ridículo si no fuera tan triste. El hombre frustrado para quien el suicidio es una solución, el ensueño un supremo recurso y el delirio una obra de arte, no es en la Francia de nuestros días sino el producto de un medio social preciso. Es un hombre que no trabaja, mientras en el país existen millones de trabajadores que sufren, a los que sí les interesa la realidad, que no piensan ni mucho menos en el suicidio, que prefieren la acción a la ficción y para los que la vida conserva todo su eterno gusto, pues saben de sobra o presienten al menos que se les ofrece plena a sus ojos, a la espera de que sepan conquistarla».

³ *L'Evolution créatrice*, pp. 166 y ss.

⁴ *El Capital*, ed. Fr. De Costes, t. I, p- 54.

por vez primera acerca de algunas de las ideas fundamentales del hombre moderno, en especial la idea de libertad. El pensamiento actual, moldeado por el capitalismo, suele tener siempre algo de profundamente antidialéctico, en especial el pensamiento francés, nutrido de cartesianismo y de positivismo, tan prendado en la expresión de una claridad acaso incompatible con las contradicciones y la dinámica de lo real. De ahí en cierta medida, sin duda, la impopularidad de Marx y de sus seguidores en Francia.

El intelectual no podrá evadirse de esta *cárcel del alma* mas que en la medida en que sepa asimilar la ideología del proletariado, uniéndose a la única clase cuyos «objetivos e influencia histórica aparecen marcados de manera tangible e irrevocable en sus propias condiciones de existencia, así como en toda la organización de la sociedad burguesa»; la única que puede y debe, liberándose a sí misma, liberar al hombre. Adhesión extremadamente difícil. ¿Cómo sacudirse de encima el yugo espiritual del viejo humanismo burgués cuando el propio socialismo lo padece también? La lucha de algunas mentes valerosas contra las ideas fantasmas arraigadas en su propio ser tiene un no sé qué de trágico.

Capítulo 9. Nuestra crisis

La existencia de un potente movimiento obrero revolucionario vendría a facilitar mucho las cosas en orden a esta doble adhesión/evasión de los intelectuales. Estos podrían mudar de piel al hombre antiguo poniéndose al servicio del proletariado, servicio tanto más provechoso por cuanto se asimilarían mejor a la clase revolucionaria y tanto más indigno y peligroso por cuanto quedasen más enraizados en lo que hay de específicamente burgués en la cultura moderna. El sindicalismo revolucionario francés, presa de la corrupción parlamentaria de antes de la guerra, incitaba a la clase obrera a desconfiar de los intelectuales; el bolchevismo no los mira tampoco con ojos muy distintos. Sin embargo, todo depende del movimiento obrero; si éste se halla en fase desarrollada, no habrá razón para recelar de ciertas influencias ajenas; es más, estaría en condiciones de aprovecharse de sus aliados, aun de los vacilantes, de los «compañeros de viaje», aun momentáneos, y formaría así a sus propios intelectuales, tendría su propia literatura. Hay que convenir que en este sentido la situación no es buena. Dentro de la gran crisis del capitalismo se da también una crisis de la revolución. En el momento de escribir estas líneas, lo que está en auge en Alemania no es todavía la revolución proletaria más digna que se pueda concebir, sino la contrarrevolución hitleriana. La clase obrera francesa aún está por debajo del grado de combatividad que la caracterizó en los buenos tiempos del sindicalismo revolucionario de antes de la guerra. El noble movimiento sindicalista revolucionario de España, trabado con sus viejas fórmulas anarquizantes, no logró impedir la estabilización de una república burguesa en detrimento del proletariado; en ningún lugar de Occidente el comunismo parece haber hallado su camino, haberse abierto paso. El partido del proletariado, instrumento por excelencia de la revolución, tal como Lenin lo concibió y lo supo forjar en Rusia, todavía, a decir verdad, no ha sido constituido en los países occidentales, exceptuando Alemania, donde por otra parte parece ser netamente inferior a su cometido histórico.

En tales circunstancias muy bien pueden los intelectuales ejercer una influencia perniciosa sobre los obreros revolucionarios; la formación de una *intelligentzia* revolucionaria se ve comprometida; la literatura revolucionaria abocada a no salirse del círculo vicioso de la ideología de las clases medias; la gestación de una literatura revolucionaria se vuelve así una empresa especialmente difícil. Mas no nos equivoquemos: nada más ajeno al realismo proletario que el temor a contemplar las cosas cara a cara. No tenemos que renunciar a todo falso optimismo, pues nos mueve una confianza en el futuro que hasta en las más negras horas nos permite salvar cuantos obstáculos hace surgir el pesimismo. Los comunistas encarcelados por Mussolini encarnan a la perfección el heroísmo del proletariado y la confianza del mismo en el futuro. Los Gramsci y los Terraccini saben que ellos no son prácticamente nada en estos momentos, que podrán ser asesinados mañana mismo, que tal vez no vuelvan a ver la grata luz del sol; pero comprenden las leyes inexorables de la Historia y saben bien cómo terminarán las grandes paradas; al igual que los demás sabíamos -cuando media Europa esperaba la salvación de la marcha sobre Berlín de los cosacos- que el Imperio ruso estaba ya condenado; al igual que Lenin y algunos otros, cuando en 1914 aseguraban que la guerra dejaría paso a la revolución; al igual que tanto otros perseguidos, derrotados y proscritos, vemos en la actual fuerza del capitalismo el germen de su propia descomposición, de su propia muerte. Y en nuestra actual falta de consistencia vemos germinar nuestra fuerza del mañana.

Capítulo 10. En torno a una teoría obrerista

Los intelectuales pueden prestar grandes servicios al proletariado, de entre los cuales no será el menos importante su participación en la creación de la literatura proletaria. En este punto manifiesto la necesidad de rechazar cierta concepción obrerista procedente del sindicalismo revolucionario francés, debida a un natural recelo hacia los intelectuales pequeño burgueses; y asimismo del bolchevismo ruso en razón de la actitud de los intelectuales ante la revolución proletaria entre 1917 y 1919. «De los poetas, pensadores y artistas nada puede esperar el proletariado como colaboradores directos...». «Los poetas, los pensadores, los artistas de la revolución tan sólo pueden surgir de entre el proletariado revolucionaria triunfante» (Pierre Naville)¹. Lenin, a quien cito porque tiene razón y no por recurrir a su autoridad, era de la opinión contraria, pues constataba que «por su posición social, los fundadores del socialismo científico contemporáneo, Marx y Engels, eran intelectuales burgueses». Era partidario de la propaganda y la agitación comunista dirigida a «todas las clases sociales» e insistía en la necesidad de saber sacar partido de «la élite de las clases cultivadas que veamos acercarse a nosotros»². No olvidemos los grupos de grandes militantes que los intelectuales proporcionaron a la revolución rusa. Por otro lado, ¿el origen obrero de un intelectual reduce acaso su sujeción mental? Más bien se diría que el autodidacta, en no pocos casos, es más proclive que otros intelectuales a caer en las trampas de la cultura burguesa.

¹ *Les Intellectuels et la révolution*, Ed. Gallimard, 1927, p.128. Pienso que Pierre Naville se superó a sí mismo hace ya tiempo con respecto a esta obra.

² Lenin, *Que faire?*, Librairie de l'Humanité, 1925, pp.32, 96 y ss.

Capítulo 11. ¿Es posible una cultura proletaria?

Una ojeada a las experiencias de la revolución rusa va a permitirnos plantear los principales problemas técnicos relativos a esta cuestión.

Bajo el antiguo régimen, los intelectuales rusos pasan generalmente por revolucionarios. Su papel es muy importante en las primeras batallas contra la autocracia; sin embargo, tras la conquista del poder por el proletariado, se ponen frente a la revolución junto a la mayoría de las clases medias, cuyos ideales no rebasaban los de una democracia burguesa. Fueron estas clases medias las que sufragaron la mayor parte de los gastos de la guerra civil contra los soviets, las que defendieron encarnizadamente la causa de una burguesía que no sabía defenderse a sí misma. Algunos poetas son los primeros en adherirse al régimen proletario. Tal adhesión resulta tanto más difícil por cuanto no son bien recibidos por la revolución que ellos mismos pusieron en peligro. Una *intelligentsia* soviética de adictos y de jóvenes no empieza a constituirse sino hasta después de 1921, cuando la nueva política económica, basada en las concesiones a la pequeña burguesía, proporciona gracias a la paz un cierto bienestar y permite suponer a la larga el aburguesamiento del régimen. En el plazo de dos años (1921-1923) vemos como se va originando toda una joven literatura rica en talento y muy pronto rica en obras, confusamente revolucionaria y no socialista por lo demás: es la generación de Pilniak, Fedin, Vsevodov Ivanov, Leonov y Gladkov, que aún marcan la tónica a la literatura de la Rusia soviética.

Hubo comunistas que, en medio del entusiasmo de los primeros tiempos de la revolución, soñaron con crear una cultura proletaria. Lenin, por el contrario, insiste en la necesidad de asimilar el legado intelectual de la burguesía y de conseguir la preciosa ayuda de los intelectuales formados en el capitalismo. Trotsky plantea la cuestión en toda su amplitud:

«¿Tendrá siquiera tiempo el proletariado de crear una cultura proletaria? A diferencia de los regímenes esclavistas, feudales o burgueses, el proletariado no concibe su dictadura más que como *un periodo transitorio de corta duración*. Cuando queremos rebatir algún punto de vista demasiado optimista en torno a la transición al socialismo, manifestamos que la época de la revolución social habrá de durar en el mundo no meses o años sino decenas de años. Decenas de años, pero no siglos. ¿En ese lapso de tiempo va a poder crear el proletariado su propia cultura? Las dudas al respecto son tanto más explicables por cuanto que los años de revolución social habrán de ser años de luchas de clase encarnizadas, en el transcurso de los cuales la destrucción prevalecerá sobre la construcción. En cualquier caso, las principales energías del proletariado tenderán a la conquista, a la defensa, a la consolidación y a la utilización del poder...». Una vez conseguida la paz y segura la victoria, «cuanto más favorables sean las condiciones para la empresa de cultura general, más a fondo se insertará el proletario en el seno de la comunidad socialista, perdiendo sus improntas de clase y dejando, en una palabra, de ser proletario. Dicho de otro modo, en la época de dictadura, no se podría plantear la creación de una nueva cultura, que sería tarea del mayor alcance histórico; y la empresa de construcción cultural -algo de una amplitud sin precedentes, que habrá de iniciarse cuando desaparezca la necesidad de una dictadura férrea- ya no tendrá un carácter de clase...»¹. Tal es la propia concepción de Marx: «El proletariado no puede liberarse a sí mismo sin eliminar sus propias condiciones de vida»; «si el proletariado se alza con la victoria, ello no significará en modo alguno que se haya convertido en el modelo absoluto de la sociedad, ya que sólo triunfará con su propia desaparición y con la de su contrario»². El proletariado victorioso construirá una sociedad sin clases, la primera sociedad *sencillamente humana* de la historia.

El arte de los periodos revolucionarios necesita una «conciencia nueva». «Inevitablemente tendrá que reflejar todas las contradicciones de la sociedad en un periodo de transición y por tal motivo no deberá ser confundido con el arte socialista, cuyas bases aún no existen»³.

Admitidas estas evidentes reservas, «los términos de *literatura* [o de cultura] proletaria (...) corresponden a una serie de necesidades del periodo de transición y en notable medida a unos nuevos valores. Varias

¹ L. Trotsky, *Littérature et Révolution*.

² Karl Marx, *La Sainte Famille*. Oeuvres philosophiques (*La Sagrada Familia*. Obras filosóficas), Ed. Costes, t. II, p. 62.

³ L. Trotsky, *Littérature et Révolution*.

generaciones de trabajadores no conocerán probablemente otros tiempos y tendrán que dedicarse a luchar sobre todo: mucho tendrán que destruir y que sufrir; hay que empezar a construir el mundo de nuevo. Pero, al igual que los ejércitos del pasado, dispondrán de bardos, de juglares, de músicos y de filósofos. Ello es tanto más cierto por cuanto que el proletariado, para conseguir la victoria, ha de ser conducido por auténticos jefes, pensadores y estrategas, que -al igual que Marx y Lenin- hayan sabido asimilar lo esencial de la cultura moderna; el proletariado precisa de grandes intelectuales *proprios*. También precisa de otros no tan grandes para empresas menores pero asimismo vitales. Lo esencial es que tanto lo unos como los otros sepan ponerse a su servicio. La obra que llevarán a cabo de esta manera poseerá un valor cultural intrínseco. En este sentido históricamente restringido habrá -se puede decir que hay ya- una cultura del proletariado militante»⁴.

⁴ Víctor Serge, «Une littérature prolétarienne est-elle possible?», en *Clarté*, n° 72, 1 de marzo de 1925.

Capítulo 12. La «política literaria» del Partido Comunista de la URSS

El Comité Central del Partido Comunista de la URSS adoptaba el 1 de julio de 1925 una resolución sobre la política literaria del partido, cuyo resumen es el siguiente:

«...La dialéctica materialista comienza a penetrar en ámbitos totalmente nuevos (biología, psicología, ciencias naturales en general...). La conquista de posiciones en el terreno literario debe ser un hecho asimismo, antes o después».

«Sin embargo, parece importante señalar que ésa es una tarea infinitamente más compleja que otras (...), teniendo en cuenta que el proletariado, bajo el régimen capitalista, ha podido prepararse para un triunfo revolucionario, formar sus propios cuadros de combatientes y de dirigentes, forjándose así un arma ideológica de admirable eficacia para la lucha política. Mas no ha podido profundizar en cuestiones técnicas ni de ciencias naturales; como clase oprimida desde el punto de vista de la cultura general no ha podido crear su propia literatura ni su forma artística ni su estilo particular. Una serie de criterios infalibles le permiten desde ahora juzgar el contenido social y político de cualquier obra literaria, pero carece por el momento de respuestas definitivas para todas las cuestiones relativas a la forma literaria.»

Por tales razones, la resolución recomienda a los comunistas que consideren a los «compañeros de viaje» -es decir, a los escritores no proletarios más o menos simpatizantes- «como especialistas cualificados» y que tengan en cuenta las tendencias de los mismos. Se esforzarán por facilitarles «el paso a la ideología comunista», lucharán contra las tendencias antiproletarias de aquéllos («absolutamente insignificantes en estos momentos»), será combatida en las filas de los aliados la formación de una ideología de la nueva burguesía y habrá que «mostrarse tolerantes» con las corrientes intermedias.

De cualquier manera, el partido alentará a los autores proletarios, aunque no sin ponerlos en guardia contra «la suficiencia comunista, que es el peor de los males». «El partido, precisamente porque ve en ellos a los dirigentes ideológicos del futuro, debe prevenirlos de todos modos contra el desprecio y la ligereza con respecto al viejo legado cultural y a los especialistas de la lengua literaria.»

«Hay que reprobar asimismo la subestimación de la lucha por la hegemonía ideológica por parte de los autores proletarios, por otro lado. El partido se alzaría contra las tentativas de crear una literatura proletaria “de laboratorio”; de lo que se trata es de afrontar abiertamente los fenómenos en toda su complejidad, de no ceñirse al reducto fabril, de no limitarse a pintar la vida en un taller, sino también la de una gran clase militante que comprende asimismo a millones de campesinos...»

Se invita a la crítica a hacer gala de intransigencia proletaria, a desvelar el significado social y objetivo de las obras y a denunciar sin ambages las manifestaciones de estados de espíritu contrarrevolucionarios, aunque el mismo tiempo a «dar pruebas también de la mayor tolerancia y discreción frente a los medios literarios susceptibles de caminar junto al proletariado...». «La crítica comunista deberá proscribir el tono de ordeno y mando; tan sólo tendrá un profundo influjo educativo si proviene de una superioridad ideológica; tendrá que renunciar resueltamente a toda suficiencia comunista, pretenciosa, primaria y autosatisfecha; tendrá que aprender.»

El partido se manifestaba a favor de la libre emulación de las escuelas literarias, pues «cualquier otra postura sólo podía ser considerada como burocrática». El partido se negaba a otorgar a un grupo, cualquiera que fuera, el monopolio de la edición; «conceder tal monopolio aunque fuera a la literatura más proletaria por sus ideas supondría exterminar a esa misma literatura incluso». El partido proclamaba la necesidad de «poner término a la intromisión administrativa, arbitraria e incompetente en la propia literatura». Por último, el partido invitaba a los escritores a que rompieran con los prejuicios aristocráticos y pusieran al alcance de las masas el legado de los grandes maestros.

En suma, una excelente resolución.

La vida literaria ha padecido desde 1925 las repercusiones de todas las luchas sociales; para explicarlo tendríamos que recordar la historia de la dictadura del proletariado a lo largo de los seis años transcurridos

desde entonces. La prensa soviética considera hoy en día la hegemonía de la literatura proletaria como algo ya conseguido; los «compañeros de viaje» de otros tiempos serían todos, sin la menor excepción, socialistas convencidos y sumisos a la línea general del partido; y sin embargo la prensa denuncia cada semana el carácter antiproletario de nuevos libros, cuyos autores no tardan en negar la paternidad. En conjunto, han sido escasos los nombres nuevos que surgieron, no ha habido obras de relieve o en todo caso su número ha sido muy pequeño. Según veremos, la literatura soviética revela al observador -quiero decir al revolucionario proletario que se dedique a observarla- lagunas evidentes y determinados defectos lamentables, contra todo lo cual ponía en guardia la resolución del partido comunista. *Pravda* criticaba en el pasado mes de noviembre los fallos de la Asociación de escritores proletarios de Rusia, que se olvidó a menudo de que constituye una «organización literaria y educativa y no estatal y administrativa»¹. La asociación lo reconoció enseguida: condenó tales desviaciones y puso en marcha una nueva línea.

¹ *Pravda*, 24 de noviembre de 1931.

Capítulo 13. Esquemas

La orientación general dada en la actualidad a la literatura soviética es hostil a la psicología; se pretende una literatura social y no psicológica, de acción y no de introspección, militante y no contemplativa o analítica, de propaganda y no de controversia, de afirmación y no de búsqueda. Cuando un grupo de escritores sostuvo la necesidad de concebir y crear en todo hombre un «hombre vivo», enseguida se vio en esta consigna una tentativa reaccionaria de olvidarse del espíritu de clase; no se trata de comprender al enemigo -precisemos: al sacerdote, al campesino acomodado o rico, al profesor idealista...-, de lo que se trata es de luchar contra el mismo. Se pretende una literatura utilitaria e incluso especializada, de actualidad, dedicada a las grandes campañas políticas, el Ejército Rojo, a las Juventudes Comunistas o al colectivismo agrario: una literatura agitadora y propagandística rigurosamente ortodoxa. Hay una tendencia muy fuerte a considerar que «todo aquél que no esté sin reservas con nosotros, está contra nosotros» y es por ello un contrarrevolucionario. En la aplicación a casos concretos es donde tales posturas muestran mejor su debilidad.

Hace algunos años se pudo ver una buena película soviética (*El Águila blanca*) -la actuación en la misma de Meyerhold hubiera debido servir para asegurarle el éxito-, en la que se veía a un gobernador, un hombre bueno en su vida privada, que mandaba casi a pesar suyo disparar contra una manifestación obrera y posteriormente experimentaba remordimiento de conciencia por ello. La crítica declaró el film detestable. A su entender, el gobernador hubiera debido ser un animal con uniforme, evidentemente, que mandara abrir fuego alborozado y se regocijara luego al recordarlo. Ambo prototipos se dan en la naturaleza, quiero decir en la naturaleza de los gobernadores militares, pero, aparte de que es manifiestamente absurdo querer renunciar a toda psicología para no describir más que a odiosos burgueses a capricho, ¿no resulta de una eficacia propagandística mucho mayor, de mucha más categoría y más susceptible de calar en mentalidades exigentes o simplemente espabiladas, si se presenta al hombre como una víctima de su propia función? Por ejemplo, al gobernador bueno, que no tiene otro remedio que someterse a pesar suyo a la baja servidumbre del régimen. ¿Podrá objetarse que lo importante es inculcar a la masa de espectadores los odios de clase? El odio que se busca ha de ir dirigido contra el sistema; resulta fácil hacer recaer sobre las personas las responsabilidades del sistema, viejo truco de los conservadores a los que bastaría con relevar a la gente. Al resto, ante que recurrir a sentimientos e instintos tal vez útiles en ciertos momentos de la lucha social, lo que nos importa es conseguir que los trabajadores accedan a un grado más alto de conciencia de clase.

«Menos que cualquier otra -dice Marx-, mi concepción, que contempla el desarrollo de la formación económica de la sociedad como un proceso natural, no puede hacer al individuo responsable de una situación de la que es socialmente producto, por más que considerando las cosas desde el lado subjetivo la supere con mucho.»¹

En el mismo orden de ideas, un periódico de Leningrado reprochaba a un joven escritor que hubiese pintado con cierto atractivo a un personaje opuesto al comunismo. ¿Era preciso acaso que fuera cojo, bizco, tartamudo y pérfido? Tanta estupidez nos descorazona.

El mismo periódico censuraba a Alexis Tolstoi por haber creado un personaje de una cheka sin «pintar en él al auténtico miembro de la cheka bolchevique». Me recuerda a la prensa bien-pensante cuando le reprochaba a Barbusse y a León Werth que en sus novelas de guerra no hubieran «pintado al auténtico y valeroso veterano francés». En ambos casos se trata de imponer al escritor unos esquemas utilitarios. Y si se me responde como se suele hacer a veces: «Condenemos los esquemas favorables a la burguesía y adoptemos los que lo sean para el proletario», me parece que eso es precisamente señal de una mentalidad indeseable para el arte proletario. No puede darse una identidad de procedimientos para él y para el arte burgués, sobre todo en lo que respecta a sus expresiones utilitarias, *es decir, las más burguesas*. No tenemos por qué recuperar todas las armas espirituales o falsamente espirituales de la burguesía. Ésta precisa de la mentira de los convencionalismos idiotizantes y de los cuentos chinos. ¡Pues dejémoselos para ella! Nuestras necesidades son contrapuestas porque lo son asimismo nuestros fines y nuestra naturaleza.

Ciertamente y recurriendo a cómodas simplificaciones, se pueden emplear términos tales como el Obrero, el Bolchevique, el Miembro de la Cheka o el Soldado Rojo, a condición de no hacer de ellos tipos abstractos que sirvan de modelos ideales; a condición -esencial para la obra de arte- de no reemplazar con seres convencionales a los hombres de carne y hueso.

¹ *El Capital* prefacio a la primera edición.

No trato de negar a los esquemas utilitarios -de una utilidad limitada- todo valor literario. Las estampas de Epinal tienen también su encanto y un interés propagandístico que nadie les puede negar. Unas obras en las que se viera al Auténtico-Proletario-Marxista que prevalecía frente a las dudas clásicas del Intelectual-Pequeñoburgués-Individualista y se alzaba con la victoria en la página 250 -tras las convenientes peripecias- ante el Gran-Burgués-Liberal-Reaccionario-y-Fascista (chistera, barriga y habano), podrían resultar -a condición de que los autores tuvieran auténtico talento- grandes frescos simplistas con los rasgos resaltados, idealistas y caricaturescos a un tiempo, y de unos efectos positivos. Lo admito encantado, por más que todas las tentativas en este sentido que conozco hasta la fecha disten mucho de ello. E incluso si lo consiguieran, tales obras no podrían ser tenidas por las más importantes de una literatura empeñada en la transformación social. Tendrían también su sitio junto (o debajo) a otras obras diferentes y destinadas a interesar, a emocionar, a expresar, a revelar cosas, a entusiasmar a una serie de personas con unas necesidades más complejas, con grandes anhelos de verdad, una gran pasión por la realidad y una enorme preocupación por conocer al hombre como para no satisfacerles un simbolismo elemental e incluso rudimentario.

Capítulo 14. Del esquema a la idea falsa

Acabo de leer una narración rusa cuyo protagonista es un chófer; quiero decir, el Chófer por excelencia: no vive más que para el coche. No hay otros personajes más que chóferes buenos y malos; e incluso la mitad de éstos se vuelven buenos al final. El autor nos dice que su personaje piensa en el socialismo. Bástenos su palabra. Un autor dramático¹ sostiene que no hay más vida verdadera que la de la fábrica. Paréntesis personal: nunca he visto obreros de este tipo en la URSS. Esto es la apoteosis de la trivialidad. Y por ende, de una trivialidad basada en una idea falsa, en absoluto socialista: *la del productor para la producción*. La concepción proletaria es algo diametralmente opuesto: es la de *la producción para el productor*. Reducir al obrero a algo que no existe sino en función de la fábrica -aunque ésta sea concebida como centro de una vida colectiva intensa e interesante (una vida colectiva en función de la producción, una vez más; pero aquí el problema se plantea de distinta manera)- es privarle de una gran parte de sus atributos de hombre social, suprimir aspectos esenciales de su vida individual: el amor, la familia, la paternidad... es, repito, crear un tipo de obrero inexistente y del que además el socialismo no necesita para nada. El socialismo ansía trabajadores que sean hombres completos, con una vida satisfactoria, tanto en la fábrica como fuera de ella. Parece que esto es algo que todo el mundo tendría que saber; pero, entonces, ¿para qué ese tipo de obras? A un joven obrero «fatigado ya de tanta ideología», que le escribe diciéndole que quisiera «distraerse un poco» («Yo quisiera que el campesino, en vez de besar al tractor besara a una campesina; que los campos no se poblaran de clavos, sino de hierbas»), el propio Gorki le responde: «¿Distraerse? Ésa es la más antigua consigna de los parásitos; ¡Que trabajen los demás mientras nosotros nos distraemos!»². Esta desconcertante respuesta a la solicitud más natural deja entrever la idea subyacente del productor para la producción. El contraste me trae a la memoria el delicioso librito de Lafargue, *El derecho a la pereza*, la mejor reivindicación que se hizo nunca del derecho al ocio. La misión del socialismo es la de potenciar al hombre que hay en todo productor.

A finales de verano de 1931, los escritores proletarios se impusieron la tarea de «dar a conocer a los héroes del trabajo de la brigadas de choque». La *Gazeta literaria* publicó listas de autores perfectamente desconocidos en su mayoría, destacados en las grandes fábricas para cantar la gloria de los héroes. Una serie de escultores modelaba en la misma época las efigies de esta élite de trabajadores; los litógrafos reproducían su imagen en tarjetas postales. Nada más justo que la concepción del trabajo como un nuevo honor, según la expresión de Pierre Hamp -justo incluso en el régimen capitalista, pues para nosotros no hay en la sociedad moderna mayor figura que la del Trabajador-, nada más interesante, a lo que parece, que en el ensayo-documento, en el relato o en la novela quede constancia de los caracteres de los auténticos héroes que hacen -con frecuencia a costa de las mayores privaciones- que los planes quinquenales sean una formidable realidad revolucionaria. Solo que el método ya viene dado: nada de psicología, ¿no es eso? La idea general viene dada; los personajes principales también; el final está escrito de antemano: recepción de la Orden de Lenin. Todo viene dado de antemano y de ahí el desastroso resultado. De un producto elaborado de esta manera no podrá esperarse la menor literatura viva, es decir, verdadera. ¿Puede el protagonista ser un mal marido, hombre creyente, de la oposición, un alcohólico o alguien que se gasta malas pulgas cuando tiene el día malo? ¡Que se me cite un solo caso de entre todo lo publicado! No, no: tiene que ser un «héroe del trabajo» de los pies a la cabeza; y si no es del partido, que esté a punto de entrar cuando menos. El más insignificante personaje de Hamp o de Poulaille (*El pan de cada día*) resulta mil veces más humano.

En la obra de Nicolás Nigitin, *La línea de fuego*³, obra teatral bien hecha y mejor montada por Tairoff (1931), veíamos aparecer en escena, en uno de los mejores teatros de Moscú, a un ingeniero saboteador, tan logrado como tal -desde las polainas hasta la perilla- que enseguida me vino a la mente el traidor de siniestras intenciones, siniestro papel, siniestro entrecejo y chaleco siniestro que algunas veces pude contemplar en ciertos melodramas de un teatro de Belleville. La lejanía con la realidad es fácil de percibir; los auténticos saboteadores respondían tan poco a estas señas que durante años gozaron de la mayor confianza por parte de los dirigentes más competentes de la economía soviética.

¹ Churkin, *Las brigadas de choque*.

² *Pravda*, 20 de diciembre de 1931.

³ A propósito de este título, hay que señalar los inconvenientes y la falsedad de una concepción militarista de la producción, aunque sólo sea insinuada en el léxico. La producción no es la guerra; la industrialización socialista no es la línea de fuego (sería más pasable si se tratara de la industrialización capitalista, esa devoradora de hombres); el trabajador no es un soldado. El sistema de producción y la guerra requieren distinta organización, distintos métodos y actitudes humanas diferentes.

El gran peligro de estos esquemas es que destruyen la inteligencia y falsean las ideas. La imagen convencional grabada en la mente, impide, llegado el momento, la recta comprensión de lo real. El arte pierde la riqueza y la variedad de la vida. Evita los errores fecundos para caer en los infecundos. La propia dialéctica de la vida, ese juego constante de las contradicciones que se confunden, se provocan y se utilizan entre sí, se niegan, se anulan y renacen, todo esto lo ignora⁴.

⁴ No me resisto a la tentación de citar aquí algunas líneas de Romain Rolland: «Sea cual sea la obra emprendida (...) sólo hay dos formas de arte en el mundo: la que parte de la vida misma y la que parte de convencionalismos». Y también: «En política se ha luchado valientemente por la verdad; pues en el arte no resulta menos necesario hacerlo también; la de aquélla y la de éste no son distintas. El principio de la justicia no es el corazón, el inútil sentimiento, sino la inteligencia, la lúcida inteligencia; por eso la buena salud de ésta habrá de tener una importancia máxima en orden a la acción y a la Revolución» (*Le Poison idéaliste* [La ponzoña idealista], dirigido a Charles Péguy, julio de 1900, y reproducido en *Europe*, 15 de febrero de 1926).

Capítulo 15. Escritores y proletarios

Los ejemplos que he citado, lejos de ser excepcionales, son de una banalidad típica. (Cuanto comento al respecto se puede leer por lo demás de la pluma de los dirigentes de las organizaciones literarias soviéticas; lo repiten periódicamente sin resultados positivos: prueba de que el mal es profundo.) El mismo espíritu esquemático parece inspirar las recientes tentativas de «obrerizar» al literato. 1930 fue el año de las brigadas de escritores. Grupos de escritores con salario mensual a cargo de empresas industriales, viajes pagados y contratos firmados con objeto de producir obras-documentos, recorrieron el país en plan propagandístico. Millares de escritores participaron en este movimiento que debió de salir bastante caro y no produjo un solo libro de calidad; tan sólo decepción. Y sin embargo, había de base una idea interesante en este caso: la de la tarea de los equipos de escritores en contacto inmediato con la producción.

Un poco más tarde se inició otra campaña. Los obreros de las brigadas de choque fueron invitados a iniciarse en la literatura. Pertenecen a estas brigadas los trabajadores que se comprometen a realizar un trabajo especialmente a fondo. Aun admitiendo que tales brigadas representen una élite de trabajadores -cosa que no podría darse como regla general, dado que un buen obrero no tiene por qué comprometerse a un rendimiento especial para hacer cuanto esté en su mano-, dichos obreros, los que dejan todas sus energías en la fábrica, los que disponen de menos fuerzas y de ratos de ocio, ¿pueden pensar seriamente en hacerse escritores? Es decir, en tener que aprender, por si fuera poco, un nuevo oficio más difícil que algunos otros, que exige una dedicación tan a fondo como cualquier otro; años de preparación, una cultura general, tiempo y ratos libres, etc., por no hablar ya de dotes especiales. ¿No resulta imprudente olvidarse de todo esto? Ciertos escritores rusos entusiasmados con la idea no tardaron en ver en los trabajadores de las brigadas de choque a los «maestros de la literatura del mañana». Incontinencia verbal de intelectuales demasiado ajenos aún a la conciencia proletaria para poder hablar con conocimiento de causa. El minero, por ejemplo, sabe de sobra que no puede hacerse albañil de un día para otro.

(Cierto es que, una vez más, se parte de una idea correcta: es innegable que la clase obrera alberga a un sinnúmero de talentos que sólo precisan para manifestarse cultura y oportunidades. Es deber de la sociedad proletaria descubrirlos y darles una y otras. La aplicación mecánica de una idea correcta no lleva, sin embargo, mas que a unos actos caricaturescos. ¿Será preciso recordar qué escritores contemporáneos surgieron del proletariado o incluso de más abajo? Tenemos a los americanos O'Henry y Jack London, al inglés Joseph Conrad, al ruso Gorki, al francés Peter Hamp, al noruego Knut Hamsun o al rumano Istrati. Y sólo menciono nombres de categoría, de renombre universal. Conrad, de origen polaco, no aprendió inglés hasta los veinte años y en los barcos británicos; por su parte, tampoco Istrati aprendió francés -su medio de expresión escrita- hasta bastante tarde).

De todo ello resulta un empobrecimiento innegable: la literatura va siempre retrasada respecto a la vida social, por más que aquélla asegure constantemente, por medio de sus órganos de expresión, su voluntad de ir a la par. Ni una sola vez, que yo sepa, los escritores denunciaron males, abusos, errores o peligros, antes que los órganos oficiales (en cuanto a denunciarlos *después*, nada más fácil, claro está). Ni una sola vez dieron una solución, una iniciativa, un proyecto de mejoras *antes* que los órganos oficiales (en cuanto a aprobarlos posteriormente, ¿qué mérito puede haber en ello?). Acontecimientos históricos tales como la revolución china de 1927 -no obstante ser mejor conocida por los rusos que por cualquier otro pueblo europeo- no sirvieron por nuestra parte para un equivalente de *Les Conquistants* de Malraux, por más que los rusos hayan sido mucho más numerosos en China que los franceses y estuvieran en mejores condiciones para entender los acontecimientos¹. En este punto creo que estamos llegando a las raíces del mal: un tema muy espinoso por numerosas razones de orden ideológico. Por idéntico motivo ciertos escritores de talla prefieren dedicarse meramente a temas de historia pasada.

¹ Aspectos diferentes, valores diferentes de un libro: los *conquistants* [conquistadores] que Malraux nos describe, *dilettanti* nietzscheanos que viven de una revolución, no tienen casi nada en común con los revolucionarios proletarios. No quiero decir con esto que los primeros no existan en las revoluciones; éstas mezclan gentes de todo tipo y el papel de los aventureros no resulta desdeñable. Pero el revolucionario de nuestros días es el «revolucionario profesional» de Lenin, el «hombre del partido» bolchevique, el «militante» de los países latinos, por lo que Garin se encuentra a años-luz de éstos. Malraux está totalmente ajeno a la concepción proletaria de la revolución; si analizamos sus ideas resultarían tal vez las de un enemigo, claramente burguesas. Y, sin embargo, por las sensaciones que nos sabe dar de la calle en Cantón, por la descripción que con cuatro líneas nos hace de las multitudes chinas -que tan bien sabe apreciar y transmitirnos- y por la profunda visión que nos da del drama cotidiano, su libro nos resulta valioso; y no hablo de sus valores puramente literarios, que quedan fuera de toda duda.

Capítulo 16. El pensamiento proletario y el miedo al error

Las razones de este estado de cosas estriban en algo más profundo que una tutela administrativa, sin duda excesiva: son el resultado de una concepción mucho más angosta de la literatura y de un miedo a la heterodoxia que lleva al pavor ante cualquier variedad, ante cualquier variación, frente a toda búsqueda e incluso a cualquier manera, por poco novedosa que sea, de formular las verdades de base o las ideas incuestionables. ¿Tan peligroso resulta el error en los productos espirituales?

Parece que la dialéctica materialista debería ayudarnos a comprender que en la incesante búsqueda de la verdad científica, el error siempre aparece más o menos íntimamente ligado a ésta y no siempre desempeña ese mismo papel funesto que se le quiere asignar después. Por otro lado, tampoco se puede decir que haya error *total*. La ciencia no está completada, «el marxismo no es un dogma, sino una directriz para la acción» (gustan de repetir en Rusia, ¡Qué razón tienen!). La propia actuación de un partido proletario victorioso se halla necesariamente impregnada de empirismo, mancillada de errores, de titubeos y de fluctuaciones en diferentes sentidos; sería ridículo hacerse de esta cuestión una idea rígida y lineal. A fin de cuentas la verdad, verdad proletaria, ¿no habrá que hacerla con el esfuerzo de todos y cada uno, constantemente, mediante una emulación fecunda, investigando, discutiendo y debatiéndose fraternalmente? Los congresos de nuestras organizaciones pueden decidir resueltamente acerca de cuestiones doctrinales referidas a la acción; así ha de ser si lo que nos interesa por encima de todo es la eficacia de la acción en orden a la transformación del mundo. Sin embargo, no se les podrían pedir iguales procedimientos cuando se trata de cuestiones filosóficas, artísticas, históricas o de metodología científica, sin caer en la tradición dogmática de los concilios de la Iglesia Romana. La máquina universal para fabricar la verdad no ha sido inventada todavía y no seremos nosotros, los marxistas revolucionarios, lo que acariciemos tal sueño.

Partiendo de ahí, ¿se le puede pedir a la literatura la imposible ortodoxia ideológica en los ámbitos científico y político? Un gran partido proletario tiene que defender sus ideas contra las influencias disgregadoras, conservar su equilibrio interno y combatir los signos corruptores que se puedan presentar en el mismo, en especial cuando ejerce el poder y el monopolio de éste; no cabe la menor duda al respecto. Mas, ¿es conveniente aplicar a otros ámbitos de la vida intelectual -a la ciencia, a las artes- los métodos mediante los que se mantiene una sana intransigencia política (admitiendo que tales métodos sean excelentes, ya que aquí no vamos a juzgarlos)?

La validez de una doctrina no podría ser considerada de una manera absoluta, al margen de toda contingencia; no hay posesión de la verdad independientemente de la inteligencia, del talento, de la probidad y de la actuación social o individual del poseedor; de lo contrario caeremos en el dogmatismo. Para algunos Padres de la Iglesia el último de los cristianos valía más que el más notable de los paganos; para nosotros, revolucionarios del presente, un gran idealista, hombre de ciencia o escritor, lo suficientemente ajeno por su formación espiritual al materialismo dialéctico de Feuerbach, de Marx, de Engels y de Lenin -un Albert Einstein, un Nicolai, un Romain Rolland...- puede tener un valor infinitamente mayor que un mediocre materialista recién salido de la Escuela y, todo lo más útil para... ¡la verdad es que no sé para qué! La filosofía de este último es en sí misma superior al idealismo; pero el gran idealista, cuando se acerca al proletariado, vierte en la balanza un rico caudal de experiencia humana, de cultura, de saber y talento, cuantas riquezas han sido depositadas en él por el humanismo de su siglo; mientras que a nuestro mediocre materialista... El lector sabrá disculparme por insistir en cosas tan evidentes, utilizando unas imágenes que resultan algo ofensivas para el sentido común. Pero tengo que hacerlo, no me queda otro remedio; piense el lector que trato de hacerlo con la mayor morigeración posible. Lenin escribía en una ocasión a Gorki: «Pienso que un artista siempre puede sacar de cualquier filosofía cosas útiles para sí mismo (...) y reconozco que cuando usted expresa al respecto [la creación artística] una serie de opiniones basadas en su experiencia artística o en la filosofía, aunque ésta sea idealista, llega a conclusiones que pueden prestar unos servicios extraordinarios al partido obrero»¹. No es menos cierto sin embargo que con excesiva frecuencia vemos que se atiende más a la letra que al espíritu, a la mediocridad escondida tras la repetición de una serie de fórmulas aprendidas que a la inteligencia recta e inquieta y por ello propensa a las «desviaciones». Los periódicos acaban de afirmar una vez más que no hay sitio en la URSS mas que para una crítica rigurosamente marxista. Tal crítica

¹ Carta del 25 de febrero de 1908.

es según mi modo de ver la única verdaderamente científica. ¿Es ésta una razón suficiente para preferir cualquier joven redactor de la sección literaria de *L'Humanité* a un Saint-Beuve? En la revolución, este joven y yo estaríamos del mismo lado de las barricadas, mientras que el gran crítico estaría probablemente del otro; y sin embargo, más tarde, a éste y no a aquél habría que recurrir a la hora de comentar a Goethe.

Por último, la premisa «Todos los que no son totalmente de nuestro parecer están contra nosotros», cuyas consecuencias prácticas son profundas, ¿es acaso justa? Es tan falsa como una perla de medio duro. Todos los revolucionarios lo saben bien, pues en la lucha han tenido que recurrir al apoyo de hombres muy distantes de ellos en tantos sentidos. Las cosas van desde una ayuda individual prestada por simpatía al exiliado, hasta el trabajo de los especialistas en el Ejército Rojo y en la industrialización. ¿Se me responde que no se puede prescindir del ingeniero ni del artillero, mientras que es posible hacerlo con respecto al escritor pequeño burgués o al militante sindicalista? Yo arguyo que ni uno ni otro pueden ser eliminados sin que ello suponga un terrible empobrecimiento.

Mucho menos que las desviaciones del pensamiento individual, el proletariado en el poder habrá de temer el mimetismo de la mediocridad, el enmascaramiento o la adaptación interesada a su lenguaje, a sus ideas, a sus costumbres; toda esa falsa imitación fraudulenta de la cultura proletaria basada en el mínimo esfuerzo, el «nada de cuentos, hay que bailar al son que tocan» o el «las cosas claras y el chocolate espeso». La búsqueda mecánica de la ortodoxia rigurosa sólo conduce a una selección de lo malo. Tomemos dos autores: uno de ellos lleno de energías, entregado a la causa de la revolución, que entiende a su modo, y artista auténtico, se empeña en defender en algunos puntos -indirectamente, como sucede por lo general en la novela- ciertas ideas tenidas por erróneas (pongamos, para agravar su caso, que sea seguidor de Freud en el campo psicológico, o de Bergson en el filosófico, o de Sorel en el sociológico); el otro, carente de todo interés, no tiene nada que defender a no ser una insignificante situación personal. Pues bien, ¿quién puede no presentir que el segundo se adaptará mejor a cualquier exigencia, mientras que la intransigencia burocrática terminará por eliminar al primero? La sociedad socialista en formación debe recelar de esta adaptación pasiva o interesada que, en las grandes luchas futuras, muy bien puede volverse en contra suya. Habrá de inculcar a sus ciudadanos el *valor cívico*. El hombre que no sepa defender con energía o estoicismo, según los casos, sus convicciones no será nunca ni un auténtico revolucionario, ni un escritor digno, ni un buen ciudadano de las Repúblicas del Trabajo.

Y más que a los errores ideológicos habrá que temer a la esterilidad. Nuestra intransigencia de pensamiento sólo puede vencer en la lucha, nunca en el vacío.

Capítulo 17. El problema de los intercambios intelectuales

Al igual que toda la vida intelectual, la literatura tiende cada vez más a internacionalizarse. El gran escritor es aquél cuya influencia irradia en el mundo. Un libro que causa impacto es un libro que se traduce. La literatura instaura un constante intercambio de mensajes entre generaciones, clases, países, razas y continentes, intercambio que aún no es todo lo amplio que sería de desear, pero que a pesar de todo va siendo cada vez mayor. Un papel primordial tendrá que corresponderle a la nueva literatura, a aquélla de inspiración revolucionaria y proletaria. ¿No le corresponderá acaso proclamar, por encima de las fronteras tendidas con alambradas de púas, el espíritu europeo, la fraternidad interracial o el internacionalismo obrero, la única forma rematada del espíritu europeo? No es concebible que dicha literatura pueda perdurar sin unos intercambios internacionales muy activos. Pero también en este sentido, y en un aspecto de capital importancia, la situación es mala; y es la literatura soviética la que sufre las mayores consecuencias. Sus comunicaciones con el resto del mundo son extremadamente débiles y escasas, ignorando casi por completo la vida literaria del extranjero. No hay en todo el territorio soviético una sola librería que venda libros recientes en idiomas extranjeros, ni una sola biblioteca que disponga de las colecciones completas de las principales revistas de fuera. Ni una sola publicación, al margen de algunos boletines esporádicos destinados a un reducido público de funcionarios, que siga realmente los movimientos literarios internacionales.

Desde hace algunos años¹, los autores extranjeros no son traducidos mas que excepcionalmente y la crisis de papel no es la única causa de tal estado de cosas. Hay una tendencia a considerar inútil -si no pernicioso- la literatura burguesa o pequeño burguesa -aplicándose este último calificativo a los escritores vanguardistas- del mundo capitalista. El esquematismo de críticos simplistas, carentes de la debida talla y que despachan a un autor en dos líneas con una suficiencia divertidísima, hace el resto². No creo que haga falta demostrar hasta qué punto es desagradable esta tendencia: a mí se me antoja como el miedo malsano al error -inflado, encima- y el pavor -apenas más justificado- al influjo intelectual de las clases ricas del extranjero.

En el ámbito menos vasto de la cultura proletaria la situación es aún peor, pues es allí donde el miedo al error da los frutos más amargos. Los intercambios intelectuales, sean del tipo que sean, son completamente imposibles; los órganos oficiales de los partidos comunistas son las únicas publicaciones admitidas en la Unión Soviética. Así pues, ninguna comunicación directa puede establecerse entre la literatura proletaria soviética y las numerosas agrupaciones obreras de diversas tendencias que constituyen desde siempre en todo el mundo focos de cultura proletaria, laboratorios donde se elaboran ideas y tácticas y reciben formación los militantes. Focos llenos de contradicciones, fragilidad e incluso fallos, errores... ¡pues sí!, pero núcleos vitales irremplazables asimismo. Se cierran los ojos ante ellos y se les ignora por prejuicios, lo que sólo sirve para desmoralizarlos. Si a todo esto añadimos las dificultades a menudo insuperables de los viajes, podemos hacernos una idea más o menos precisa de la enorme dificultad de los intercambios intelectuales entre la literatura de la URSS y la nueva literatura de los restantes partidos del mundo. El problema es grave; no hago mas que esbozarlo a grandes rasgos.

¹ Al contrario de lo que ocurría en el periodo anterior; se tradujo muchísimo hasta 1928.

² Incidentalmente, un crítico calificaba -en la Gaceta literaria de Moscú (26 de febrero de 1932)- a Jean Giono como ideólogo de los *kulaks* (campesinos ricos) (!), lo que le dispensaba de cualquier demostración.

Capítulo 18. Respuestas al lector malicioso

Es tan grande la fecundidad de una revolución socialista (y la de las experiencias humanas que supone para el escritor, al que saca con su fuerza viril de la contemplación del yo, de los tics de escuelas, de la competencia en premios literarios, etc.) que la producción artística en las dos ramas más necesarias para las masas de nuestros días -el cine y la literatura- conoció en un principio una expansión prodigiosa en la URSS en cuestión de unos pocos años. El gusto de la vida, la calidad de la energía vital, la visión de la sociedad, las ideas sobre la vida, la muerte, el futuro, el individuo o la colectividad: todo ellos se ha modificado más o menos. En relación con la literatura de Occidente, enriquecida por la experiencia de la guerra -aunque en un grado infinitamente menor, pues la guerra ha sido como un cataclismo y no el inicio de una renovación social; una terrible prueba para los distintos pueblos y no una convocatoria titánica a las energías de las masas-, la literatura soviética en sus comienzos hace un gran papel a pesar de una cierta imperfección formal, bastante acorde por lo demás con la tradición rusa, Dostoievski y Tolstoi, atendiendo de preferencia a las ideas, descuidaron a menudo la forma. Es tal la diferencia de tono entre Occidente y la URSS, que ciertos escritores tachados aquí casi de contrarrevolucionarios pasan por revolucionarios en otras partes; es el caso de Pilniak. Opiniones viciadas en ambas partes por criterios contrapuestos.

Los males que he señalado no se agravaron sino durante los últimos años, pero se hacen ya manifiestos en la proyección de la literatura soviética. Casi todos los escritores rusos que se traducen actualmente pertenecen a la generación de 1922-1924; casi todas las obras conocidas en el exterior datan de hace unos cuantos años. Estamos en el cuarto y último año del plan quinquenal y esta fase grandiosa de la revolución se nos muestra curiosamente pobre en obras literarias¹.

Para quienes pudieran caer en la tentación de explotar en contra del comunismo estas apreciaciones críticas, ahí va mi respuesta:

La burguesía necesitó siglos para constituirse como tal, crecer, conquistar el poder y crear su propia civilización. Y no lo logró sin hacer correr juntas la sangre de los reyes y la de la plebe. Antes de aprender a gobernarse por sí sola, tuvo que ver a sus repúblicas morir por asfixia a manos de improvisados soldados que clausuraban sus parlamentos y la sometían a humillantes dictaduras inexpertas. La historia de su prensa y de su literatura exhibe gran número de páginas tan poco gloriosas como para que sus apologistas puedan permitirse seriamente sacar punta a las dificultades que el desarrollo de una nueva literatura encuentra en la primera república de trabajadores. El observador de buena fe no puede olvidar en ningún momento que nos hallamos ante la experiencia especialmente valiente de una clase joven, aún insegura de su propia victoria y abrumada encima por una pesada herencia.

¹ No voy a señalar, a título de ejemplo, más que tres obras interesantes sobre la industrialización: *Sed*, de Leonid Leonov, *El Volga desemboca en el Caspio*, de Boris Pilniak y *La central hidráulica*, de Marieta Chaguinian.

Capítulo 19. El doble deber

Al estudiar estas cuestiones he tenido presente una regla que juzgo esencial para cualquiera que pretenda servir a la causa revolucionaria: la regla del doble deber. Si en nuestros días la literatura quiere cumplir plenamente su misión, no puede cerrar los ojos ante los problemas internos de la revolución. Vencedora o vencida, avanzando o en retroceso, problema para las vanguardias obreras o latente en el espíritu de las masas, la revolución está presente por doquier en nuestros días; sus problemas, allí donde surjan, son nuestros problemas. Por eso, es preciso defenderla al mismo tiempo de sus enemigos de fuera y de dentro, es decir, de los gérmenes destructivos que alberga en su seno. Grande es la dificultad de dicha tarea y al llevarla a cabo parece que se corre el riesgo de proporcionar un arma a la reacción, desanimando a los indecisos, admitámoslo. Yo veo el riesgo contrario: el de los cuentos chinos involuntarios y el de la creación de un conformismo revolucionario tan convencional y falso como cualquier otro, por cuanto que es más delicado. Los obreros que se levantan contra una república burguesa producen la satisfacción al principio -aunque no por mucho tiempo, bien es cierto- de la gente de extrema derecha. Los individuos enérgicos que -pongamos por ejemplo en la Comuna asediada- se permitiesen censurar la incapacidad del mando no dejarían de verse acusados de seguir el juego a los versalleses. Pero lo cierto es que, sin duda alguna, lo seguían menos que el propio mando incapaz. Tomemos la resolución viril, la única digna del proletariado: la verdad por delante.

Pues bien, hay que profundizar en la idea de revolución; y si se dice sí firme, sin tibiezas ni reticencias. En determinados periodos -los más terribles- la revolución proletaria tiene que ser defendida en bloque; es entonces precisamente cuando uno cree verla cometer los errores más palpables y cuando los excesos de todo tipo, la violencia popular y el terror le confieren un rostro espantoso; son horas de peligro mortal, de los mayores arranques de energía, horas sin duda despiadadas. Pero el deber es sencillo entonces, al menos para los espíritus libres y los revolucionarios de los demás países; mas en el propio país, el deber tiene siempre dos caras, por más que una de ellas prevalezca *como mucho* sobre la otra; la aceptación de todas las responsabilidades no reduce jamás la imperiosa obligación de luchar cada día contra los males que aquejan a la revolución, eso es precisamente lo que hace la intensa actividad de millones de hombres, que constituye en definitiva la revolución en sí: cada cual, dentro de la gran acción común, hace cada día por su propia iniciativa todo cuanto puede en relación con una enormidad de puntos. Yo me doblego ante cualquier decisión capital de un congreso, aunque la encuentre lamentable, dado que la disciplina es más necesaria para la buena marcha de las cosas colectivas que mi acción crítica. Pero en la fábrica, en la residencia, en el batallón o en el comité es preciso a cada momento reaccionar contra la ignorancia, la estupidez, la brutalidad, la rienda suelta a los instintos o la falta de honradez interesada. De modo que en la propia acción el deber es siempre doble, pero sus dos aspectos -defensa general e incesante rectificación interna- varían tanto en importancia como en amplitud. Una vez llegado el tiempo de paz, cuando la revolución emprenda su tarea constructiva, la lucha por la rectificación interna tendrá que adquirir obviamente una importancia cada vez mayor.

Como consecuencia de estas contradicciones internas se produce cierto fenómeno. Sorel escribe a propósito de la Revolución francesa: «La Revolución iba a liquidar muy pronto al antiguo régimen, imitando muy a menudo los procedimientos del mismo...»¹. Una revolución utiliza necesariamente contra el antiguo régimen las propias armas que le arrebató. En alguna manera lo prolonga *en sentido inverso*, recogiendo en el campo de batalla armas que no ha fabricado en absoluto y que con frecuencia son contrarias a sus principios. De ello se derivan una gran cantidad de contradicciones inevitables. Y así vemos a socialistas -opuestos en principio a la pena de muerte- recurrir al terror; a antimilitaristas, formar los ejércitos rojos; a militantes ansiosos de llevar el Estado a su desaparición, convertirse en hombres de Estado; a presos políticos del régimen anterior, cuya mayor alegría sería eliminar las prisiones, defender apasionadamente las rejas... Hay que tener la insondable torpeza del pequeño burgués, atiborrado de ideas comunes reducidas por otra parte a simples asociaciones de palabras, para llegar a la conclusión de que, puesto que la revolución se lleva a efecto únicamente con unos métodos vetustos, eso la descalifica y sólo sirve para recomenzar un viejo ciclo de la Historia. Tales contradicciones, no obstante, están llenas de peligros. Robert Louzon señalaba no hace mucho en *La Révolution prolétarienne* hasta qué punto las tradiciones de la historia de Rusia pesaban en la República de los soviets. En este punto -tal observación es absolutamente cierta- nos encontramos ante una serie de males inevitables que hay que combatir con tanta más energía por cuanto el nuevo régimen sólo

¹ *Les Illusions du progrès*, p. 118.

podrá considerarse victorioso si logra acabar con ellas. Los diez días que estremecieron al mundo en octubre de 1917 y los catorce años que les han seguido están precedidos en la Historia por tres siglos de despotismo.

Una revolución no constituye un proceso homogéneo, único, comparable a la cascada de un torrente: es más bien la suma de una multitud de movimientos variados, entre los cuales los hay afortunados y funestos, revolucionarios, en el auténtico sentido de la palabra y reaccionarios, sanos y malsanos. De ahí la imposibilidad de un conformismo revolucionario, de ahí el doble deber. No quiero decir con ello que un conformismo pseudorevolucionario no pueda tratar de imponerse, pero estaría en contradicción con la naturaleza profunda de la revolución obrera y sólo conseguiría prevalecer en detrimento de ésta.

Cuando Julien Benda escribe: «Sin embargo, habría que comprender que la idea revolucionaria, desde el momento en que se ha realizado ha dejado de ser revolucionaria, al igual que la lava desde el momento en que se petrifica deja de ser lava»², está usando una metáfora bastante falaz al comparar el desarrollo de la vida misma con la petrificación de la lava. Pero es que Benda maneja unas ideas típicamente *burguesas* acerca de la revolución. Para la burguesía, una vez alcanzado el poder y garantizado el orden, sólo queda dejar que se petrifiquen las lavas populares. Terminada su obra, el Señor descansa. La sociedad burguesa queda creada para toda la eternidad. Los ideólogos del Estado llano no podrían imaginar las cosas de otra manera, pues la burguesía, en sus épocas de esplendor no piensa nunca en la sucesión. Muy otra es la dialéctica proletaria; el proletariado sólo vence para extinguirse; su dictadura no aspira a ser eterna, sino que se sabe algo transitorio y busca su propio fin para llevar a la humanidad «del régimen de la necesidad al de la libertad». Vemos bien claramente en qué desemboca la revolución burguesa, mientras la revolución proletaria no termina, sino que quiere ser permanente, según la expresión de Marx³, hasta que se llegue a establecer una sociedad sin clases, sin Estado y sin fronteras: es, pues, una lava ardiente que prosigue su camino. Y si llegara a suceder que esta lava se petrificara, eso señor Benda, sería síntoma de que la revolución no se habría «realizado», sino que habría sido derrotada.

Los intelectuales que, en su ansia de servir a la revolución, se quedan en una especie de conformismo revolucionario, están faltando en realidad a un deber esencial para con aquélla, dando pruebas de las dificultades que experimentan para entenderla y demostrando que aún la siguen viendo desde fuera, como espectadores simpatizantes y no desde dentro, como protagonistas. Están así por debajo de sus posibilidades y carecen de penetración o de valor cívico según los casos. Lo que menos se le puede tolerar a la revolución es que ponga en peligro por sí misma su propio destino. La situación de los demás, por el contrario, puede no ser optimista en ciertos momentos. El cumplimiento del doble deber puede colocarlos entre la espada y la pared. ¿Qué hacer entonces? ¡Pues cumplir con su deber!

Se me puede objetar que los intelectuales están tan sólo a favor de cierto inconformismo anarquizante, individualista y contrario al esfuerzo de pensar conjuntamente con millones de trabajadores, reacios a la disciplina proletaria que exige la acción, a la firmeza de los juicios de clase y a la nitidez flexible pero rigurosa del marxismo. Este espíritu de fronda pequeño burgués no encuentra un contrapeso decisivo mas que en una *escrupulosa* adhesión al marxismo.

² «Scholis», *La Nouvelle Revue française*, 1 de noviembre de 1929.

³ Karl Marx, *Comunicado al comité central de la región de los comunistas*, 1850.

Capítulo 20. La tradición revolucionaria francesa

Me quedan por precisar las características principales de la literatura en gestación, bastante bien definida por Henry Poulaille como la de la Edad Nueva. Su amplia gama va, mediante gradaciones a menudo insensibles desde el humanismo burgués hasta el humanismo proletario; de la literatura «avanzada» a la literatura proletaria. Absurdo sería intentar clasificar a hombres y obras en compartimentos etiquetados. Los escritores del viejo grupo de Abbaye, Duhamel, Romain, Arcos, Durtain y Vildrac distan mucho de ser revolucionarios, pero ¿no les debemos acaso el haber dado pruebas de unos sentimientos humanos de innegable calidad y de profundo alcance revolucionario? ¿No hemos de agradecerles el haber sido los primeros en afirmar ese sentido de la vida colectiva que todo hombre tiene, aunque todo un siglo de individualismo feroz haya terminado por anular, habiendo tenido que venir los poetas a despertarlo de nuevo? No olvidemos por último que en una sociedad dividida en clases, el humanista está forzosamente a favor de las clases oprimidas; no va a descubrir la valía del hombre de las clases dirigentes, de suyo ya bien valorada, cara a los demás, sino la dignidad humana de quienes tantas veces sus amos quisieran olvidar que son hombres igual que ellos.

Poulaille ha resaltado muy bien cuáles son las necesidades que mueven a la literatura a la renovación y en qué sentido debe efectuarse la misma, poniendo de relieve el papel que juega en ella el cine y la radio. Hace un inventario somero de veteranos y noveles, de pioneros y de nuevos equipos. Yo le reprocharía el haberse ceñido demasiado al tema, lo que conlleva cierta ignorancia de los factores sociales (ideología y política), cuya influencia resulta esencial en el desarrollo de la literatura¹. Francia tiene toda una cultura revolucionaria, toda una tradición espiritual viva y valiosa, si no despreciamos la importancia de haber sabido inspirar a un gran movimiento literario. Hay que redescubrir a Proudhon, releer a Sorel y leer a Edouard Berth, ese sorprendente activador de ideas proletarias. Redescubrir asimismo al Guesde de las páginas afortunadas o al panfletario Lafargue. Conocer a Reclus, ese pensamiento límpido, esa ciencia firme, ese estilo tan límpido como el pensamiento, esa pasión revolucionaria. Remontarnos a las fuentes de la energía obrera: a Babeuf, a Blanqui, a Varlin, a los sublevados de Lyon, del suburbio de Saint-Antoine o de la Comuna. Remontarse a las fuentes de la literatura proletaria en lengua francesa en Vallès, rescatar del olvido a un Coeurderoy, no dejar que caiga en él a un Darien o a un Zo d'Axa; estudiar a un *Père Peinard* o comprender a un Albert Thierry. Una antología del periodismo revolucionario francés que echara mano de las páginas olvidadas de socialistas, anarquista, sindicalistas y comunistas de primera hora no carecería de valor literario. Intencionadamente y sin temor de poner en relación a una serie de elementos contradictorios entre sí, hago aquí referencia únicamente a representantes de un pensamiento obrerista neto, netamente revolucionario, cuyo horizonte se ampliaría quizás de manera desmesurada si recordáramos a Zola, Jaurès o Verhaeren, con unas concepciones menos tajantes.

Esta tradición revolucionaria francesa padece las consecuencias desde hace quince años de su conflicto con el marxismo; por su parte el comunismo, por haber dado muestras de miopía con respecto a esta tradición, aún no ha dado en Francia con aquello que precisa para conquistar a las masas; un lenguaje y un estilo. La mayor parte de los escritos de los comunistas franceses, aun originales, tienen algo de esa inevitable rigidez de las traducciones, lo que contribuye en no pequeña medida a reducir su eficacia.

Yo no pienso que esta tradición sea básicamente hostil al marxismo, del que ha tomado muchas cosas; mi opinión es que los comunistas franceses, cuando no aprecian la importancia de la misma -y eso se debe a menudo a no haber podido afrontarla- se privan del apoyo de una gran fuerza intelectual histórica y cometen un grave error de base; nosotros no venimos a quitar el puesto a quienes nos han precedido, sino a proseguir su labor, a ampliarla, sintiéndonos los herederos naturales de cuantos han pensado, luchado y actuado en favor y al lado de la clase obrera. Fecundada por la experiencia de alemanes y rusos, esta tradición supondría la originalidad cultural para los revolucionarios franceses.

Se trata naturalmente de una asimilación y de una continuación *críticas* y no *pasivas*.

¹ Henry Poulaille, *Nouvel Age littéraire*. Uno de los méritos de este libro es el de reunir -en relación con el tema que nos interesa- una gran cantidad de textos difíciles de encontrar, si no imposible, algunos de los cuales son interesantes. Tal es el caso de las páginas que Martinet escribe acerca del arte de clase.

Capítulo 21. La novela de la producción. Hamp

La producción está llamada sin duda a ocupar en la literatura el lugar preponderante que ya ocupa en la política, en la sociología y hasta en la propia filosofía. El hombre moderno reconoce que en ella está la base de toda vida social. Esto constituye ya toda una revolución en el pensamiento. Pierre Hamp, más que Zola -que se interesaba por los mineros, pero no por la mina-, incorpora la producción a la novela¹.

Hamp, salido de la clase obrera, toma como tema novelesco una materia prima: el pescado, capturado al principio en *Marée fraîche* y consumido en un gran restaurante en las páginas finales; los perfumes en *Le cantique des cantiques* o *Le Lin, la laine*. El vocabulario técnico, el habla de los distintos gremios, los razonamientos de los hombres de negocios, los precios de coste o los cálculos de beneficios ponen de pronto a la lengua literaria en contacto pleno con la vida. La máquina -la máquina que estruja al hombre para sacar oro de su esfuerzo- ocupa con todo derecho en estas novelas el lugar reservado en la novela clásica al «ánima contemplativa».

Estas innovaciones nos descubren súbitamente una nueva estética.

Hamp ha conseguido *en su ámbito* lo que con tanto trabajo se está intentando actualmente en la URSS. Nos resulta tanto más fácil hacer justicia a esta obra sólida en tantos aspectos por cuanto sus fallos surgen estrepitosamente. La evolución de Pierre Hamp ha perjudicado considerablemente a su talento. Desde *Le Rail* hasta sus últimas obras vamos viendo poco a poco cómo las fuerzas obreras van retrocediendo -*La Peine des hommes*- ante el poder patronal. Hasta el propio lenguaje del escritor se modifica desgraciadamente. Los militantes sindicales que describe en *Le Rail* con motivo de la huelga de los trabajadores de ferrocarril en 1910 son «hombres serios, juiciosos por el duro trabajo», cuyo «hábito de mucho reflexionar les daba un hablar lento». En *Le cantique des cantiques*, que se sitúa en la posguerra, un cabecilla sindicalista que cantaba *La Internacional* se nos presenta en los siguientes términos: «Vociferaba como vocalista de cabaret al interpretar el fúnebre himno socialista». Habrá que pensar que el autor debió de enriquecerse en el tiempo que va de uno a otro libro.

Al no ver -al no poder ver- cómo surgía y se consolidaba la conciencia de clase de los trabajadores, Hamp la reemplaza por la conciencia profesional, viejo y reducido concepto gestado por el artesanado y que a los patronos les interesa propagar. En realidad, la conciencia de clase tritura hasta tal punto la conciencia profesional que ha dado origen a la idea de sabotaje entre los sindicalistas franceses y americanos... y entre los capitalistas rusos y alemanes durante las crisis sociales de 1918 a 1923. Hamp admira sin reservas los engranajes capitalistas, se siente cautivo por ellos. Resulta sorprendente ver que un escritor, que en ocasiones sabe hacer hablar a los obreros con un espíritu de clase tan verídico, pueda dejarse deslumbrar tan complacido por las apoteosis del dinero: «La iglesia rebosaba millones» (la escena final de la boda de un rico, en *Le Lin*). No obstante, algunas bellas páginas de su obra pertenecen sin lugar a dudas a la literatura proletaria. ¿De qué adolece para no haber podido ser en la actualidad su más notorio representante? De estar respaldado por la tradición que ya he mencionado. Sus trabajadores viven para el capitalismo, mientras que éstos en la realidad quieren vivir para sí mismos. Algo esencial resulta falseado.

¹ Señalemos una fecha al respecto. J.M. Gayau escribía en 1897: «Según algunos especialistas en estética, tales como Ruskin y Sully-Prudhomme, la industria humana se hará cada vez más incompatible con el arte». Y luego algunas reflexiones sobre «lo que hay de antiestético en los ferrocarriles», llamados por los demás *railways*... (*Les problèmes de l'esthétique contemporaine*).

Capítulo 22. El humanismo proletario

Estos elementos se encuentran en distinta medida en la obra de muchos escritores; por «elementos» entiendo el conjunto de sentimientos e ideas que derivan de una concepción proletaria de la vida, tal como sucede en el movimiento obrero, en las luchas revolucionarias, en la URSS o entre los intelectuales, dirigentes y militantes del proletariado. Y se trata sin duda de un humanismo nuevo, notablemente unido a una nueva concepción del hombre y del mundo, en la que el hombre es el valor esencial, sin nada inamovible o definitivo por el momento en la misma; una concepción destinada a evolucionar con la clase obrera y a padecer las consecuencias de los fracasos y de los logros de ésta. Así pues, sólo podemos intentar extraer empíricamente las características fundamentales, que me parecen las siguientes:

- Preocupación por el devenir social; conciencia -ya que el destino del mundo está en juego- de que todos los problemas se plantean ante el hombre en términos ineludibles, de que el capitalismo está dando las últimas boqueadas y la revolución es ya una realidad.

- Una concepción de las relaciones entre el hombre y la técnica (entre el hombre y la máquina) tendente a una modificación total de las mismas: los trabajadores están actualmente *sometidos a la máquina*; se trata de que la sojuzguen, a fin de que quede de una vez *al servicio del hombre*¹; en consecuencia, una idea nueva, socialista, del lugar que ocupan en la vida el trabajo y los trabajadores. De esta manera, ciertas obras «populistas», cuyos autores no ven en el «pueblo» más que materia novelable más o menos «naturalista» pueden corresponder a la parte más decadente de la vieja literatura; hoy en día no se puede describir a los obreros únicamente desde fuera, sin poner en juego la noción socialista de trabajo, como si se tratara de una tribu canaca. De donde otras nociones esenciales:

- La de las relaciones entre el individuo y la colectividad.

- La antinomia entre individuo y sociedad -tan frecuentemente explotada por los filósofos burgueses- tiende a resolverse: hay un sentimiento de vida colectiva que va tomando cuerpo, dilatando enriqueciendo y multiplicando al individuo².

- Barruntamos un futuro en el que la colectividad, en vez de mutilar al individuo, le garantizará un desarrollo completo, que será la condición de su propia grandeza.

- El espíritu obrerista, con todo lo que de subversivo comporta, de sentido crítico, de temple de caracteres, de espíritu de organización (dedicación al sindicato y al partido), de predisposición para la solidaridad, de internacionalismo..., presenta en resumen, todos los elementos precisos para una ética y una justicia nuevas³.

El naciente humanismo proletario recoge la herencia del humanismo burgués, desechando lo que éste comprende de utopía, de falsas ilusiones sobre el hombre y la sociedad, de pacifismo abstracto y debilitador o de idealismo absoluto, casi infantil; no podemos fiarnos de un «progreso» que vendría por sí solo, pues el mañana es demasiado negro todavía; ni creer en la buena voluntad de las clases dirigentes pues sabemos de sobra que la propia evolución de las leyes las deja atrás; ni admitir el pacifismo en la época de las grandes luchas de clases, lo único que nos permite confiar en el fin de la lucha suicida del capitalismo y el restablecimiento de la paz con el triunfo de la revolución; ni confundir libertad y cultura humana; ni profesar el culto -muy noble, pero ineficaz- al «espíritu», como si existiera un espíritu incorpóreo que volara por encima de los conflictos y de las miserias de los hombres; ni fiarnos de la «subversión de la conciencia», que

¹ Reparemos en los sentimientos en que se inspiran libros tales como el de Georges Duhamel, *Scènes de la vie future*; advierto en el mismo, más que la protesta del viejo humanismo contra el americanismo, el apogeo del maquinismo capitalista. Me ha gustado mucho una novela de Luc Durtain, *Ma Kimbell*, porque las relaciones entre el hombre y la máquina se nos presentan de la manera más feliz: simplemente se nos muestra el placer que una moto puede proporcionar a quien va sentado en ella; hasta qué punto la máquina puede aumentar las posibilidades del hombre, con qué fuerza y con qué fidelidad se pone al servicio de éste y por qué hay que saber comprenderla.

² Walt Whitman es en este sentido un precursor magnífico. Creo haber mencionado ya la obra de los *unanimitas*. El librito de Dominique Braga, titulado *5.000*, me impresionó hace algunos años por el vigor al descubrir en la emulación una asociación y por la comunidad vital que revelaba entre el campeón, sus rivales y la muchedumbre del estadio.

³ Ejemplos: *La Pain quotidien*, de Henry Poulaille, es una obra auténticamente proletaria, no ciertamente a causa de la cuidadosa reproducción de la forma de hablar de los obreros o del tema, referido enteramente a un momento de la vida de algunas familias obreras (se podría tratar este mismo tema, con el mismo lenguaje y de una manera totalmente burguesa), sino en razón del carácter del carpintero de obras, Magneux. Otro tanto podría decirse del Collignon de Tristan Rémy (*A l'Ancien Tonnelier*). Las novelas de Panait Istrati, que exaltan la insurrección y la amistad, las hacemos nuestras por esa misma razón. Creo advertir en una novela poco conocida de Louis Hénon, *Battling Malone, pugiliste*, unos sentimientos de clase expresados con fuerza inusitada.

nada significa mientras no tome cuerpo en millones y millones de hombres... Mas queremos comprender al hombre -a cualquier hombre- a fondo, concienciarle de su valía, luchar por desvincular a la civilización moderna de la barbarie capitalista e ir hacia el futuro por caminos auténticos. El humanismo proletario, más amplio que el tradicional⁴, es real, viril, innovador y heroico.

Las luchas en el seno de la sociedad, sin embargo, y sobre todo en el terreno de las ideas, no suelen ser lo sencillas que se piensa normalmente. Toda lucha supone siempre asociación -incluso colaboración-, interpretación y enriquecimiento mutuo. Así, los dos humanismos contrapuestos se confunden a veces en un mismo ámbito y en la mente de un mismo hombre. Esta interpretación no deja de tener sus peligros para nosotros, pues, como ya vimos, somos los más débiles en muchos aspectos. «...Si queremos aportar al mundo una serie de principios revitalizadores capaces de llevar a cabo la reconstrucción de la Ciudad en plena podredumbre, al igual que los cristianos tendremos que tratar de que tanto la ideología como la acción socialista conserven su carácter de intransigencia absoluta, rechazando categóricamente toda invitación a *contemporizar*». «...este proletariado heroico y revolucionario (...) no podrá cumplir su misión histórica, poniendo en marcha una civilización original y auténticamente proletaria, a no ser que se provea de una filosofía que esté a la altura de la gran transformación que ha de efectuar». Suscribo enteramente estas palabras de Edouard Berth⁵, siempre y cuando se entienda por «civilización proletaria» la de los productores libres, humanos -en el más amplio sentido de esta palabra- y por la que lucha la clase obrera cuando se bate por la supresión de las clases.

Todos estos problemas parecen más complejos de lo que son en realidad. Igual sucede en la vida real: siempre se pueden ver las cosas claras si se pone empeño en ello. Cada cual puede comprobarlo; no hace falta mucho esfuerzo para distinguir entre lo que es justo y lo que no lo es, entre lo verdadero y lo falso, entre el deber y el interés o entre el valor y la cobardía. Las más viejas virtudes siguen hoy vigentes para quienes comprenden que el mundo en plena transformación precisa de hombres valerosos. Para ellos (y los demás ¿qué nos importa?) no es cuestión de sueños ni de intereses, sino de sentirse *útiles*, tanto en los oficios literarios como en cualesquiera otros, en sus respectivos campos y para la revolución que se avecina o que se lleva a cabo por encima de todo.

Muchas cosas en el presente ya sólo pertenecen al pasado; incluso en lo nuevo muchas cosas conservan aún la impronta del peor pasado. Indefendibles tanto unas como otras. Para hablar de ellas hace falta tener mentalidad de leñador. Toda sinceridad es útil, con tal que no haya blandenguerías ni tibiezas. Nuestro tiempo exige espíritus viriles; su literatura tiende a identificarse con la vida: quiere obras que sean acción o justificación de la acción, testimonio, llamamiento, ejemplo... El escritor ocupa su puesto al lado de millones de hombres en movimiento.

Algunos de estos, los más afortunados por cuanto que hayan sido los más decididos, transmitirán a los proletarios, vanguardia de estas masas, una literatura de combatientes apasionados.

Leningrado, febrero de 1932

⁴ El humanismo burgués sigue siendo el de la raza blanca. Sus representantes más progresistas son los únicos que manifiestan, con respecto a las razas de color, cierta simpatía comprensiva. ¿Se les puede tomar como una señal de evolución hacia el humanismo proletario?

⁵ *Guerre des Etats ou Guerre des classes*, pp. 155 y 160.